EL HOMBRECILLO

Tragicomedia en tres actos, estrenada en el teatro Barcelona, de Barcelona, el día 10 de diciembre de 1941

A EDUARDITO
UGARTE ARNICHES

A ti, el mayor de mis nietos alejado de nuestro hogar por el Destino, te envio entre las páginas de este libro todos los besos de mi alma.

Tu abuelo,

CARLOS.

Madrid, 25 de febrero de 1942.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MALENA	Sra. Redondo.
MICAELA	— Palencia.
TÍA BARULLO	— Rodríguez (R).
LUCHI	Srta. Acebal.
JOSITA	— Puchol.
SIDORA	— Montesinos.
SINDO	Sr. León.
CAZADOR	— Vega.
DON MARTÍN	— Cobeña.
JUAN MANUEL	— Sabatini.
GONZALO	— Chuliá.
MARQUÉS DE MONTEARO	— Valdés.
DON ONOFRE	— Benitez.
CANIJO	— Vega.
TERRONES	— Montesinos.
POLVORILLA	— Alejandre.
TÍO MODORRO	— Muñiz.
DON ELÍAS	— Alcalde.

La acción, en las cercanías de un pueblo de Castilla. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Este acto ocurre en pleno campo, en las cercanías de un pueblo grande de Castilla. El caserío se ve algo lejano, a la izquierda. Más lejano todavía, el cerrillo de un calvario, con las tres cruces. A la derecha, en primer término, un trozo de tapial blanco, que hace de ángulo, teniendo una puertecilla practicable, en la parte que da a la escena. Figura ser la cerca de la huerta de una casa de labor. Al fondo, hacia la izquierda, la bajada sinuosa de un monte, con unos peñascos que pueden servir de asiento y descanso, porque los sombrea un árbol corpulento. De entre las peñas se ve manar un hilo de agua clara, que mantiene el caudal de una fuentecilla. Lugar ameno y pintoresco. Es una mañana primaveral de sol radiante. Al levantarse el telón, aparece el lugar desierto. Se escucha el canto de algún pájaro montaraz, y, muy lejano, el ladrido de un perro.

ESCENA PRIMERA

La TÍA BARULLO, saliendo de la casa; después, el TÍO MODORRO.

TÍA BARULLO.—*(Sale de la casa. Va a la fuente a llenar un cantarillo de agua, que pone al grifo.)* ¡Amos por un cantarito de agua! ¡Bien fresquita y bien clara sale! ¡Lo único que no nos faltará aunque la casa se venga abajo! *(Se sienta.)*

TÍO MODORRO.—*(Sale de la casa con andar cansino. Lleva al hombro una azada y una espuerta.)* ¡Trebajo renegao!... ¡Mía que ahora tenese que ir uno!... *(Se sienta.)*

TÍA BARULLO.—Pero ¿no ties que ir a abrigar los olivos?

TÍO MODORRO.—Sí, señora, que tengo que ir a abrigar los olivos.

TÍA BARULLO.—Entonces, ¿por qué te sientas?

TÍO MODORRO.—Pos me siento porque un rato e descanso no viene mal.

TÍA BARULLO.—Pero ¿descanso de qué si te acabas de levantar y la cama la ties a seis metros d'aquí?

TÍO MODORRO.—Pos estoy cansao.

TÍA BARULLO.—¿De qué?

TÍO MODORRO.—Que he soñao esta noche que trabajaba y me he levantao rendío.

TÍA BARULLO.—Lo que eres tú es que eres una fiera p'al descanso.

TÍO MODORRO.—Pero estoy resinao..., que otros se desesperan.

TÍA BARULLO.—¿Y te s'ha olvidao que Dios le dijo al hombre: «Trebaja»?

TÍO MODORRO.—A mí no ha sío.

TÍA BARULLO.—A toas las creaturas.

TÍO MODORRO.—Es que yo ya no soy denguna creatura.

TÍA BARULLO.—Güeno; hala, hala, al olivar, so burro.

TÍO MODORRO.—No me llames burro, que eres mi hermana y vamos a tener que rebuznar a medias.

TÍA BARULLO.—¡Amos, quita, quita, so gamberro! Lo que ties que hacer hoy es irte al trabajo y no dormirte, como haces otras veces, debajo de un chaparro, que hoy vienen a cazar el señor marqués de Montearo con sus hijas, envitao por don Martín y los señoritos, que no sea que te vayan a pegar un tiro, que ya conoces al señor marqués, que no viene un día que no mate un perro u le arree una perdigoná a cualesquiera.

TÍO MODORRO.—Como que el último día que vino fuí a sacale un conejo de unas retamas, tiró... y estoy colando café con la blusa.

TÍA BARULLO.—Pues ten cuidao no tengas que co-

lalo con el pellejo... Hala, anda, no te vea el amo, que no andará lejos...

TÍO MODORRO.—Ya voy, mujer... ¡Siempre la agonía, el trebajo!... ¡Siempre la amenaza el amo!... *(Vase cansinamente.)* No hay naa peor que nacer uno trebajaor!... Dios, qué condenación... Siempre corriendo, siempre...

TÍA BARULLO.—*(Recogiendo su cántaro.)* ¡Pobre amo!... ¡Con los apuros que tie encima y esos hijos, que son los culpables, metiéndole en danzas de invitaciones y bambollas!... ¡Que Dios nos valga, porque si no!... *(Se mete en la casa. Suena un tiro y cae herida, entre unos lentiscos de la bajada del monte, una paloma torcaz que queda aleteando; y a poco, por entre un jaral, asoman las caras curiosas y un poco asombradas de dos mozuelas lugareñas: la Malena y la Micaela.)*

ESCENA II

MALENA y MICAELA; después, un CAZADOR.

MALENA.—*(Con cierto temor.)* ¡Allí ha caído! *(Señalando el lugar.)*

MICAELA.—¡Cómo aletea!...

MALENA.—*(Sale y la coge.)* ¡Está herida en un ala!

MICAELA.—¡Escóndela, que viene!

MALENA.—Pos no la doy. *(Se la oculta en el pecho, dentro de su blusa. Asoma un Cazador.)*

CAZADOR.—¿Ha caído aquí una torcaza, chicas?

MALENA.—Ha rastreao herida... y s'ha metío en aquellos jarales. *(Señalando un sitio.)* ¿Ve usté el recuesto aquel?; pues tirando pa la izquierda, en aquel lomazo a la derecha...

CAZADOR.—Gracias. *(Va hacia donde le indican.)*

ESCENA III

DICHAS, menos el CAZADOR; al final, la voz de SINDO.

MICAELA.—Oye, se lo has explicao de una forma, que paece que va a ir y se la va a encontrar.

MALENA.—¿Cómo la va a encontrar, si la tengo yo aquí?... Pero no aletees, que te van a llevar..., ¡tonta!

MICAELA.—¡Animalito!

MALENA.—Esta la curo yo. *(Pausa. Bebe en la fuente, se mira en ella y se arregla el pelo.)* Oye: ¿me está bien este peinao?

MICAELA.—Tú eres de guapa que too te está bien. ¡Pero mira que mirarte hasta en la fuente! *(Ríe.)*

MALENA.—Pues, hija, un espejo es. Y oye, Mica: ¡amos a hacer lo que te icía yo endenantes, pa reirnos un poco!..., ¿quieres?

MICAELA.—¡Pero es una diablura, mujer!

MALENA.—Déjate; ¡verás qué risa! ¿Tú no conoces a ese chico zambo y una meaja corcoveta, de ahí den casa e los Melares, de ande don Martín?

MICAELA.—¿El Sindo?

MALENA.—¡Ese, ése! Ese greñúo, medio salvaje, que no quie hablar con naide y de toos huye...

MICAELA.—¡Anda, si le conozco! ¡Más que tú, que hace pocos días que has llegado a este pueblo!

MALENA.—Pues por eso; como no me conoce y sé que toos los días a estas horas pasa pal Calvario..., pues me escondo en cualesquier lao y le grito de lejos por su nombre, como si le llamara.

MICAELA.—¿Y t'hace caso?

MALENA.—Que viene corriendo como un gamo, y zambeando, que es una risa verlo de correr, y preguntando: «¿Quién me llama?... ¿Quién me llama?» Y yo me escondo y no le contesto, y se güelve loco, busca que rebusca, de aquí para allá, como perro que olfatea un rastro... ¡Si vieras! *(Ríe.)*

MICAELA.—¿Y no le hablas?

MALENA.—No; lo hago pa reírme na más. Y luego me voy sin que me vea.

MICAELA.—¡Que mala intinción, mujer!

MALENA.—¿Y lo que me río?... *(Pausa.)* ¿Quies que lo llame?

MICAELA.—¿Estará?

MALENA.—Le he visto pasar. Cállate, verás cómo viene volando. *(Se pone las manos en bocina ante los labios y grita con voz sonora.)* ¡Sindoooo! *(Escuchan.)* No m'ha oído.

MICAELA.—Oye, que a mí me da reparo, tú.

MALENA.—Calla. *(Repite.)* ¡Sindooooooo!... *(Pausa. A poco se escucha una voz muy lejana.)*

SINDO.—¿Quién me llamaaa?... *(Y se ve en la lejanía la silueta grotesca de un mozo que corre zambeando.)*

MALENA.—¿Oyes?... *(Pausa. Ríe.)* ¡Míralo!

MICAELA.—¡Viene que vola!

MALENA.—*(Vuelve a gritar.)* ¡Sindoooo!...

SINDO.—¿Quién me llamaaa?...

MALENA.—*(A Micaela.)* Amos a escondenos.

MICAELA.—No, yo me voy, que tie mu mal genio. Y a ti no te conoce, pero como es mu amigo mío, si mé ve me tira una pedrá. *(Vase presurosa. Vuelve a escucharse la voz, ya más cerca.)*

SINDO.—¿Quién me llamaaaaa?...

MALENA.—¡Ya está ahí!... *(Con la voz como un eco.)* ¡Sindooooooo!

ESCENA IV

MALENA y SINDO. Se oculta riendo tras un chaparrillo. Aparece SINDO, mirando a un lado y otro. Es un mozo como de veintidós a veintitrés años. Zambo, corcoveta, de grotesca figura: con el pelo revuelto, gesto amargo y ceñudo. Viste con pantalón de pana, faja y camisa blanca; calza botas de cuero. Sale jadeante, fatigoso, apenas puede hablar. Mira a un lado y otro. Con rabia.

SINDO.—¡Y naide!... ¡Como toos los días!... ¡Me llaman y naide!... Y vengo que m'ahogo... ¡Y re naide!... ¡Amos, que esto es pa esgarrar a uno!...

O a una, que la voz me paice d'una moza... ¡Que por eso vengo! ¡Y ya va pa cinco días que me llaman, y no me llaman!... Y a mí el que me llama, me llama, u le llamo yo una cosa mu fea, ¡rejudas!... *(Se calma y se sienta.)* ¿Quién será?... Porque tanto llamarme... es raro. ¿Y si esto fuera una cosa misteriosa?... Porque yo no sé d'ande sale la voz, y que sale, sale porque d'algún lao tie que salir, que a mí me llega... Y es una voz muy clara y muy dulce.

MALENA.—*(Con voz muy dulce.)* ¡Sindoooo!...

SINDO.—¡Rediezla, que ahora ha sonao aquí! *(Va a mirar, asustado.)* ¡Y no hay naide!... ¡Ay, que no hay naide!

MALENA.—*(Que se ha ocultado en otro sitio.)* ¡Sindoooo!

SINDO.—¡Ay, que ya me va dando a mí miedo esto!... ¿D'ande ha salío la voz? ...¿Será alguna aparición que me se quiera aparecer?

MALENA.—*(Con voz misteriosa.)* Síií...

SINDO.—*(Da un salto atrás, aterrado.)* ¡Mi madre! *(De detrás de un chavarro estalla una risa clara y alegre.)*

MALENA.—¡Miedosooooo! ¡Ja, ja, ja! *(Saca la cara por entre unos matojos.)*

SINDO.—¡Mi madre! *(Entre alegre y enfadado.)* ¡Una moza!

MALENA.—*(Ríe.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Qué susto!

SINDO.—Pero ¿es usté la que me...?

MALENA.—Sí, señor. Yo soy la que le... ¡Ja, ja, ja!

SINDO.—*(Enfadado.)* ¿Y por qué ha hecho usté eso?

MALENA.—Por reírme. ¿No lo ve usté?

SINDO.—¿Y por reírse na más me hace usté de venir dos kilómetros con la lengua fuera?

MALENA.—Eso no se lo he mandao yo.

SINDO.—Porque si usté me lo advierte, me siento mu bien sentao, usté me está llamando hora y media y usté hace su gusto y yo no me canso..., por que no vengo.

MALENA.—¡Pero no le hubía visto a usté correr, que era lo que yo quería!

SINDO.—Entonces, ¿ha sío por burlarse?
MALENA.—¡Por reírme!
SINDO.—¡Qué mal corazón!
MALENA.—¿Mal corazón una broma?... *(Le aletea la paloma en el pecho.)*
SINDO.—¡Rediezla!... ¿Qué es eso que le rebulle a usté en el pecho?
MALENA.—Naa...
SINDO.—¿Cómo que naa?...
MALENA.—Una paloma herida.
SINDO.—*(Acercándose.)* A ver...
MALENA.—Basta mi palabra.
SINDO.—De usté ya no me fío yo.
MALENA.—¡Místela! ¡Animalito! Tie un ala rota.
SINDO.—¿Quie usté que la curemos los dos, que yo sé un unto que las sana?
MALENA.—Güeno. *(Se la da.)* Si usté sabe...
SINDO.—*(Después de examinarla.)* Pue curarse.
MALENA.—Y oye, chico: tú eres de aquí, ¿verdad?
SINDO.—De esta casa. Soy hijo del amo.
MALENA.—¿Eres rico?
SINDO.—*(Con cierta vergüenza.)* Del amo y de la criá.
MALENA.—Y esos otros güenos mozos, tan güenos mozos que hay ahí, ¿son tus hermanos?
SINDO.—Son hijos de mi padre y de su madre, que no es mi madre; yo tenía otra madre, que me se murió.
MALENA.—Entonces, con too ese lío, ¿ahí no te querrán?
SINDO.—Sí me quieren, si no que a las veces se burlan de mí, como tú.
MALENA.—Ya lo siento, hombre.
SINDO.—Icen que si soy corcoveta, y una meaja zambo, y mu feo, y algo ruin, la verdá.
MALENA.—Pos yo no te encuentro feo del too.
SINDO.—*(Asombrado.)* ¿Que no?
MALENA.—Ties ojos de simpatía y de bondá.
SINDO.—¿Yo?... ¿Ojos de qué?...
MALENA.—Y claros y alegres.
SINDO.—*(Cada vez más asombrado.)* ¿Yo?... ¡Huy, ésta!

MALENA.—Y ties una cosa así, de güeno, en la cara.

SINDO.—¿Yo?... ¿Que tengo yo algo güeno en la cara?... *(Sonriendo.)* ¡Amos, que me ices unas cosas!

MALENA.—Pos como las siento.

SINDO.—¡Pos nunca me las ha dicho naide!... ¡Y anda, que na más por eso voy a curate la paloma..., y si sana, pa ti! ¿Quieres?

MALENA.—Pos sí que la quiero. *(Pausa. Mutis a la casa y vuelve.)*

SINDO.—Oye, y tú, ¿d'ande eres, que nunca te vide?

MALENA.—De Molinos del Río, que vivía allí sola con mi madre.

SINDO.—¿Y tu padre?

MALENA.—No sé.

SINDO.—¿No ties conocío?

MALENA.—Le conozco de vista pero no lo trato.

SINDO.—Entonces, ¿tu madre no era casá?

MALENA.—No tenía genio pa eso.

SINDO.—Carazteres que hay.

MALENA.—Y se murió la pobre y me fuí a vivir con un tío que tengo, que es molinero.

SINDO.—¿Tío carnal?

MALENA.—No sé... Demasiado tío..., porque me dijo el señor cura que me viniese a vivir con mi tía Tanasia, que estaría más segura; y hace quince días que vine.

SINDO.—Conozco a la tía Tanasia: mal genio.

MALENA.—Mal genio, pero tié un tino...

SINDO.—¿Eso de la frente?...

MALENA.—Que coge una piedra y ande quiere da. Ha guardao cabras. ¿Quié usté ver un morao que tengo en este muslo?

SINDO.—¡Hombre, sí que me gustaría!... Pero aguarde usté, que viene un arriero. Ahora que eso de la frente, se lo disimulo yo a usté. *(Empieza a coger florecillas silvestres y hace una guirnalda.)*

MALENA.—Pero ¿nos hablamos de usté o de tú?

SINDO.—Nos hablamos de ti, digo de tú. Y si quieres, pa quitate de tu tía y que no te pegue te vienes

a mi casa... ¡Eso! Y se lo digo yo a mi padre y a mis hermanos y te quedas. ¿Quieres?

MALENA.—¡Ay, qué bueno sería!

SINDO.—¿Tú sirves?

MALENA.—Según pa qué, sí.

SINDO.—Pa servir, digo.

MALENA.—Eso no sé, porque ice mi tía que yo arreglo una habitación y too lo dejo en su sitio: las telarañas en la paré, el polvo en los muebles y las colillas en el suelo...

SINDO.—¡Pero sabrás algo de cocina!

MALENA.—Eso, sí. ¡De cocina, mucho! Pelar patatas, mondar guisantes, fregar los platos... ¡De too!

SINDO.—De guisar, digo.

MALENA.—¿De guisar?... ¡Anda! Hago yo unos huevos sin aceite, sin sartén, sin agua, sin lumbre y sin na..., ¡riquísimos!

SINDO.—¡Caray! ¿Y cómo son?

MALENA.—Huevos al agujero. Cojo un arfiler, les hago un aujero arriba y otro abajo, y me los sorbo.

SINDO.—¿Y están güenos?

MALENA.—Güenos, y que salen mu baratos. Yo se los haré a usté.

SINDO.—Está usted llena de habilidades. *(Le pone en la frente la guirnalda que ha hecho.)* Desimulao el chichón.

MALENA.—¡Huy, qué bonita! ¿A ver?... ¡Voy a mirame a la fuente. *(Se mira.)* ¡Pos sí que me cae bien!

SINDO.—¡Anda, bien!... ¡Requetebién!

MALENA.—Oye..., ¿y tú, qué eres, que yo no te he preguntao?

SINDO.—Pues soy..., pues naa; porque así gran fuerza pal manejo d'una yunta, no tengo; y hacer cosas de estudie, de así de caeza, no sé, porque no man estruído. ¡Como siempre he sío tan esmirriao y los chicos se burlaban de mí en la escuela, no quise ir; pero el señor cura me enseñó a leer y cuentas, y de agradecido le ayudo a la misa, cuido el Calvario y le saco el perro a que..., a que haga lo que quiera. Amos, que ser, no soy naa.

MALENA.—¡Pero simpático, sí!

SINDO.—*(Emocionado.)* ¿Yo? ¿Simpático?... ¡Huy esta chica!... Pos ahora te voy a icir yo a ti una cosa.

MALENA.—¿Qué cosa?

SINDO.—Que ahora mismo siento yo como un deseo de ser algo.

MALENA.—¡Qué tonto!... ¿Pa qué?

SINDO.—No sé. Pa tener así como un orgullo, porque si eres como yo, y no eres naa, ¿por qué te van a querer?

MALENA.—Y... ¿usté, quién quiere que lo quiera?

SINDO.—*(Con rubor.)* ¿Yo?... ¡Ay Dios!... No sé; nadie. ¿Quién me va a querer a mí?...

MALENA.—Se ha puesto usté colorao.

SINDO.—Colores que me suben.

MALENA.—¿Tie usté vergüenza?

SINDO.—Una poca.

MALENA.—¡Qué raro! ¡Tener vergüenza un chico ya tan mayor!

SINDO.—¡Como soy tan ruín!...

MALENA.—¡Qué ruín!... No haga usté caso d'eso... Pos luego vengo y me lleva usté a su casa, ¿quiere?

SINDO.—Yo se lo diré a mi padre.

MALENA.—Y de que entre con ustés, yo le haré a usté alegre y alborotaor.

SINDO.—¿A mí?... ¡Huy Dios!

MALENA.—A usté. ¡Pero no tenga usté esa cara, so bobo!

SINDO.—Es que...

MALENA.—¡Un joven como usté y con ese ceño triste!

SINDO.—Es que nunca...

MALENA.—¡Ríase usté, hombre!

SINDO.—¿Yo?

MALENA.—No baje usté esos ojos lastimeros...; así ¡Eee!... *(Gesto gracioso de mal humor.)*

SINDO.—Es que...

MALENA.—¡A reírse!

SINDO.—Me s'ha olvidao.

MALENA.—A mí me gusta un chico que se ría que cante, que sepa bailar... ¡A reírse, hale!

SINDO.—¡Ja, ja, ja! *(Se ríe ridículamente.)* ¡Si no sé! ¡Je, je, je!... ¡Si no sé!

MALENA.—¡No sé, no sé!... *(Le imita.)* ¡So alelao! ¡Usté, usté tié que bailar conmigo el día e la fiesta!

SINDO.—*(Con la boca abierta.)* ¿Yo?...

MALENA.—*(Muerta de risa, le da unos golpes cariñosos en la cara y sale corriendo.)* ¡Tú!

SINDO.—¿Yo?

MALENA.—¡Tú, tú, tú, tú! *(Se va riendo.)*

SINDO.—*(Se queda atontado de alegría.)* ¡Ay!... ¡Huy!... ¡Ay!... Oye, oye, chica: vuelve... ¡Vuelve y pégame más, que me gusta!... *(Queda oyendo.)* ¡Aún se la oye reír! ¡Que alegría se lleva!... ¡Pero m'ha dejao una cosa!... ¡Si sé lo guapa que es no vengo!... ¿Pa qué?... ¡Y m'ha dicho que tengo en la cara...! *(Se mira en la fuente.)* Naa. *(Con amargura.)* ¡Pobre e mí!... Por el cerro va ahora, alegre y volandera, como una golondrina. ¡Le revuelan las faldas con un donaire!... ¡Y m'ha dicho que a ella le gustan los mozos que... *(Canta muy mal.)* «¡Las estrellitas del cielo!...» Pero con esta voz... El agarrao no lo sé bailar mu bien..., pero la jota pueblera... la sé mejor. *(Tararea una jota y la baila ridículamente.)*

ESCENA V

SINDO; luego, la TÍA BARULLO.

TÍA BARULLO.—*(Sale por la izquierda y le sorprende.)* ¡Anda éste! ¡Ja, ja, ja! Pero ¿qué haces, hombre?

SINDO.—*(Contrariado.)* ¡Huy, la tía Barullo!

TÍA BARULLO.—Pero ¿estabas matando una cucaracha?

SINDO.—*(Con amargura.)* ¡Ya sé que no tengo gracia pa naa!

TÍA BARULLO.—¿Gracia?

SINDO.—No sirve darle vueltas.

TÍA BARULLO.—Pos si no sirve darle vueltas, ¿pa qué las dabas?

SINDO.—¿Por qué será uno tan ruín!

TÍA BARULLO.—Pero ¿qué te pasa, esgarrao, que tú estabas saltando, y las lágrimas te están saltando a ti?

SINDO.—¡No empiece usté, que no me pasa naa!

TÍA BARULLO.—Sí, sí... ¡Que esto es que alguno s'ha burlao de ti!

SINDO.—¡Que no, señora!

TÍA BARULLO.—¡Que sí!... Dímelo y le rompo la cara, aunque sea el alcalde, que ya sabes la paliza que le pegué el otro día al maestro por decir que llevabas las piernas en pariéntesis!

SINDO.—¡Bueno, no se ponga usté pesá!... Que ahora no ha sío eso.

TÍA BARULLO.—¿Entonces?...

SINDO.—*(Con cierto rubor.)* Ha sío una chica que m'ha llamao.

TÍA BARULLO.—¿Una chica?... ¡Ay, pues eso es pior!... Alguna gandula...

SINDO.—*(Vivamente.)* ¡No!

TÍA BARULLO.—Sí... Alguna gandula que t'ha venío a encismar... Dímelo..., dímelo. ¡Y la doy una paliza que la escuartizo!

SINDO.—¡Que no!

TÍA BARULLO.—Entonces, ¿por qué llorabas?

SINDO.—Por..., ¡por gusto!

TÍA BARULLO.—¡Qué raro!

SINDO.—Que usté ya sabe too lo mío, que es lo que yo me digo... y me redigo toos los días... ¿Por qué mis hermanos son dos mozos tan cabales y tan cumplíos, y yo, del mismo padre...?

TÍA BARULLO.—¡Vales tú cincuenta mil veces más que ellos!

SINDO.—¡Quia!

TÍA BARULLO.—¡Que una ha vivío y sabe las cosas! ¡Güenos mozos! ¿Y qué? ¡Fantesías! ¡Qué le van a icir a una! ¿Que tus hermanos son guapos?... ¡Güeno!... Pero con su guapura han arruinao tu casa, por el aquel d'hacer los señoritos; y... de cuerpo, no te diré, pero de cara, tú, más gua-

po que ellos, que ya quisián tener tus ojos y tu..., y tu..., y tu..., güeno, y tu bondá; que eres más güeno que un baúl, que se saca de él lo que se quiere y no rechista... Y con el que se ría de ti me hago yo tiras..., que te quiero como si te hubiá criao a mis pechos, que no te he criao a mis pechos, porque soy soltera, pero te he criao a mis biberones, que es igual. ¡Eso es!

SINDO.—*(Molesto.)* ¡Güeno, cállese usté, que ya me tie usté hinchao con tanto quereme!... *(Con dulzura.)* Y dígame una cosa, tía Barullo..., pero dígamela usté con toa la verdá de su alma... ¿Usté cree que si me gustara a mí una chica que fuera mu guapa, podría yo...?

TÍA BARULLO.—¡Anda, se golvería loca por ti!

SINDO.—¿Y si me lo creo yo y no se güelve?

TÍA BARULLO.—¡La doy una paliza que la mondo!

SINDO.—¡Eeee!... ¡Por algo la dicen a usté la tía Barullo!

TÍA BARULLO.—No te enfades, rey mío.

SINDO.—*(Muy preocupado.)* ¡Si al menos tuviera uno un poco de gracia... y supiera!... *(Iniciando el mutis, canta y pretende bailar.)* «En el campito llueve, vida mía; mi amor se moja...» ¡Ja, ja!... *(Ve salir a Don Martín.)* ¡Huy, mi padre! *(De poco se cae al dar una media vuelta bailando.)* ¡Ja, ja!... *(Vase rápido.)*

ESCENA VI

La TÍA BARULLO y DON MARTÍN.

DON MARTÍN.—*(Señor de pueblo, de aspecto grato.)* ¿Qué tiene el hombrecillo, que se va bailando?

TÍA BARULLO.—¡Qué sé yo!

DON MARTÍN.—¿Está alegre?

TÍA BARULLO.—Pos ahí está, que no. La primera vez que le he visto saltásele las lágrimas, por si era feo o no era feo...

DON MARTÍN.—¡A buena hora!...

TÍA BARULLO.—¡Cosa rara! Ya lo he pensao yo,

porque resinao y bueno... Amos, que eso si hubiá ángeles con joroba, a éste no le dejan ir del cielo.

DON MARTÍN.—¡No es malo!

TÍA BARULLO.—¿Malo?... Este es hijo d'usté por la parte d'afuera; pero ya quisián los otros dos de la parte d'adentro ser como él... Guapos, mu jaques, mu lucíos, pero han dao con la casa en tierra y le tien a usté con un pie en la ruina.

DON MARTÍN.—¡Basta, tía Barullo; basta!

TÍA BARULLO.—Y pue que sobre; pero no es justo, y usté dispense, que a los otros, mu peripuestos y a los Madriles, a pintala con el aquel d'una carrerita. Y pa este infeliz, ni compasión; que s'ha criao como una alimaña, perdío entre riscos y jarales... Y en eso usté no ha sío justo, mejorando lo presente. Y ellos por usté y usté por ellos, han abandonao ustés la tierra, ¡la tierra!..., y así anda la casa.

DON MARTÍN.—Bueno, bueno, no embarulles. ¿Viste a don Onofre?

TÍA BARULLO.—Le di el recao d'usté en la mesma estación, en lo que bajaba del tren que venía e Madrid, y me dijo que sabía que estaba usté de caza con unos invitaos y que vendría a encontrase con usté en el Pradillo, pero a solas, que tenía que icile a usté cosas d'urgencia y mu graves.

DON MARTÍN.—*(Como para sí mismo.)* Puede que las que yo me sospecho... Hoy lo de mis hijos, hoy la amenaza del Juzgao...; hoy todo. Precisamente hoy, que... *(A la Tía Barullo.)* Bueno; ¿mataste los diez pollos que te dije para la comida?

TÍA BARULLO.—Pues le diré a usté: como sabe usté que el tío Modrego es como es, que una no pué metese en sus incumbencias, pues me dijo que el gallinero era cosa de su juridición, y que por lo cualo...

DON MARTÍN.—Pero ¿mataste los pollos o no?

TÍA BARULLO.—Pues ahí está; que la Sidora m'añidió que en el corral, ella y su padre y naa más..., y claro, que una tie pacencia, que si no...

DON MARTÍN.—Pero ¿mataste los pollos, si o no?

TÍA BARULLO.—Pos ahí está; que si una no se

hiciá cargo de lo que hay que sufrir..., pero, claro...

DON MARTÍN.—¿Cómo claro?... Vamos, que como tú no quieras hacer una cosa, embarullas a tu padre.

TÍA BARULLO.—¿Que yo embarullo? ¡Qué valor! ¡Amos, que cuando la echan a una fama de una cosa!... *(Aparte.)* ¡Pollos pa esos golfos..., y el otro pobrecito a comer en la cocina!... ¿Pollos?... ¡Anda y que coman collejas! *(Vase.)*

ESCENA VII

DON MARTÍN; luego, LUCHI, JOSITA, JUAN MANUEL, GONZALO y el MARQUÉS DE MONTEARO; después SINDO.

DON MARTÍN.—¡Con el desasosiego y la inquietud que me abruman, estos hijos meterme en estas danzas!... *(Se escuchan risas, voces alegres, ladridos lejanos de perros.)* Ya están ahí. *(Cuando se indica van saliendo Luchi, Josita, Juan Manuel, Gonzalo y el Marqués de Montearo. Todos elegantes. Trajes de cazadores, escopetas.)*

LUCHI.—*(Apuntando a lo alto.)* ¡Una pareja!

JOSITA.—*(Que sale detrás.)* No tires. Pasan muy altas.

LUCHI.—No importa. *(Tira dos tiros. Caen dos perdices.)*

JUAN MANUEL.—No interrumpas un idilio.

MARQUÉS DE MONTEARO.—*(De pronto sale andando a pasitos ridículos y precavidos.)* ¡Callad, callad!... ¡Ahí se mueve un conejo!

LUCHI.—¡Por Dios, papá, no sea el perro!...

MARQUÉS DE MONTEARO.—¡Pero, hija!... *(Apunta, dispara y se oye un grito.)* ¡Porra! *(Queda aterrado.)* ¡Conejo no es! Pero ¿qué es?

LUCHI.—¡No te lo dije!

DON MARTÍN.—*(Va a mirar.)* ¿Qué ha sido?

SINDO.—*(Que sale demudado y tembloroso.)* Un se, se..., un servidor... ¿Quién ha sido el bruto que ha ti, ti..., que ha ti, ti, tirao?

DON MARTÍN.—¡Por Dios, calla!

MARQUÉS DE MONTEARO.—Entonces, ¿el conejo?...

SINDO.—El coco..., el coconejo, está a estas horas limpiándose el sudor de la carrera... ¡Místelo en aquel cerro!

DON MARTÍN.—Pero ¿dónde estabas?

SINDO.—Tumbao; que iba a beber en el arroyo, pero ya se me ha quitao la sed.

MARQUÉS DE MONTEARO.—¿Y quién es este chico?

DON MARTÍN.—Mi hijo Gumersindo.

LUCHI.—¿Hermano de ustedes?

GONZALO.—Hijo de papá, que no es lo mismo.

MARQUÉS DE MONTEARO.—¡Caramba, cuánto lo siento! Perdona, como no te conocía...

SINDO.—¿Me quería usté matar? Pero este señor ¿mata a los que no conoce?

DON MARTÍN.—¡Calla!

SINDO.—Tengo toos los perdiones en el chaquetón. ¡Si voy de verano, no lo cuento!

MARQUÉS DE MONTEARO.—¡Pobrete! ¡Pobrete!... Es pequeñuelo, pequeñuelo.

LUCHI.—No parece hermano de sus hermanos.

DON MARTÍN.—Hijo de mi segundo matrimonio.

GONZALO.—Le llamamos el Hombrecillo.

JUAN MANUEL.—Es una criatura agreste, montaraz. Vive en los jarales.

SINDO.—Donde nadie me burle.

JOSITA.—Es un salvajillo, vamos.

LUCHI.—¡Qué distinto de ustedes!

MARQUÉS DE MONTEARO.—¡Es pequeñuelo, pequeñuelo!...

SINDO.—Sí, señor; gracias a eso, porque si tengo más superficie, me hace usté cisco.

MARQUÉS DE MONTEARO.—¿Cisco?... ¡Es gracioso, gracioso!

DON MARTÍN.—¿Y a qué venías, hijo?

SINDO.—Pues venía a icile a usté una cosa, padre; una cosa d'una chica de ahí arriba, d'ande la tía Tanasia; pero luego se la diré a usté, que tie que ser que estemos solos.

DON MARTÍN.—Dila si quieres, hombre.

SINDO.—Luego se la digo, que ahora me da ver-

güenza de esas señoritas... y de ese señor del bombacho.

JOSITA.—¿De nosotras? *(Rien.)*

SINDO.—¿He dicho un chiste? *(Inicia el mutis.)*

MARQUÉS DE MONTEARO.—Y perdona el susto, hombre.

SINDO.—Ya s'ha pasao. *(En voz baja.)* ¡Misté: ahí tie usté otro conejo! *(Le señala el sitio.)*

MARQUÉS DE MONTEARO.—¡Es verdá!

SINDO.—*(Como en secreto.)* Apúnteme usté a mí, a ver si lo mata.

LUCHI.—¡Por Dios, papá!

MARQUÉS DE MONTEARO.—*(Apunta. Dispara.)* ¡Este no se ha ido!

SINDO.—No se ha ido porque ha perdido el miedo... ¡Ha matao usté una urraca! *(La levanta de entre las jaras y se la enseña.)*

LUCHI.—¡Tienes un día afortunado, papá!

SINDO.—¡Afortunao pa los conejos!... Si me hubiera apuntao a mí... *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos SINDO.

MARQUÉS DE MONTEARO.—¡Es irónico el muchachuelo!

GONZALO.—Como todos los contrahechos.

MARQUÉS DE MONTEARO.—¿Y cómo nació así?... ¿Acaso la madre...?

DON MARTÍN.—Ello fué un extravío. Quedé viudo; al año, una criada guapa..., un hijo: ese pobrecillo... ¿Y qué hacer?... Me casé. La madre murió al nacer él.

MARQUÉS DE MONTEARO.—«E vualá, tut. Pa pli. Rian.» ¡No me diga usté más!... Qué, ¿seguimos cazando esta mancha?

GONZALO.—Así haremos apetito.

JUAN MANUEL.—Vamos, hasta la hora de almorzar.

MARQUÉS DE MONTEARO.—¿Viene don Martín?

DON MARTÍN.—Yo me quedo aquí para vigilar el almuerzo.

JOSITA.—Pues vamos allá. *(Vanse todos, menos el Marqués y Don Martín.)*

ESCENA IX

El MARQUÉS DE MONTEARO y DON MARTÍN

MARQUÉS DE MONTEARO.—*(En secreto, a Don Martín.)* Eso que le pasó a usté con la madre de ese chico me ha pasado a mí tres veces... Pero yo soy muy hábil: no me he casado.

DON MARTÍN.—¿Y qué ha hecho usted?

MARQUÉS DE MONTEARO.—No enviudar... ¡Hay que ser vivo! *(Vase.)*

ESCENA X

DON MARTÍN y DON ONOFRE.

DON MARTÍN.—¡Qué idiota!... ¡Soportar esto!...

DON ONOFRE.—*(Sale cautelosamente por la derecha.)* ¡Martín!

DON MARTÍN.—*(Con gran afecto.)* ¡Onofre!

DON ONOFRE.—Estaba ahí escondido, esperando que te dejaran solo. ¿Te ha dicho la tía Barullo...?

DON MARTÍN.—Sí, que te vió en la estación.

DON ONOFRE.—Llegué anoche de Madrid.

DON MARTÍN.—¡Te esperaba con una impaciencia!...

DON ONOFRE.—Lo comprendo.

DON MARTÍN.—Y dime: ¿malas noticias?

DON ONOFRE.—Hombre, malas, que puedan llamarse malas..., sí, la verdad; malísimas. No sirvo para las medias tintas.

DON MARTÍN.—¡Caramba! ¡Dime, por Dios!

DON ONOFRE.—Bueno, pero no te asustes..., por-

que, vamos, la cosa no es para asustarse. ¡Es para morirse de un berrinche! No me gustan los paños calientes, ¡qué diantre!

DON MARTÍN.—Entonces, ¿mis hijos...?

DON ONOFRE.—Tus hijos, no te diré que en lo que se refiere a la marcha de sus estudios te hayan estado engañando villanamente, no, porque no sería justo. Lo justo es decirte que te han estado tomando el pelo de un modo canallesco, miserable, repugnante. Ya me conoces: al pan, pan, y al vino, vino..., ¡qué porra!

DON MARTÍN.—Entonces, ¿su vida de estudiantes?

DON ONOFRE.—¡Una farsa inmunda!

DON MARTÍN.—Gonzalo ¿no está en el último año de Leyes?

DON ONOFRE.—Sí; eso, sí; está en el último año de Leyes, porque lleva siete diciendo que estudia, pero no tiene aprobado más que uno, y no creo que hagas la tontería de seguirle costeando la carrera; de modo que está en el último.

DON MARTÍN.—¡Madre mía! ¿Y Juan Manuel también ha perdido...?

DON ONOFRE.—No; ese no ha perdido ningún año...

DON MARTÍN.—¡Menos mal!

DON ONOFRE.—No ha perdido ningún año, porque no se ha matriculado siquiera.

DON MARTÍN.—¡Dios mío!... ¡Entonces, han pagado mis sacrificios, esos sacrificios que me han traído a la ruina..., hasta la ruina, Onofre, porque tú lo sabes...!

DON ONOFRE.—Abusando de tu credulidad en sus mentiras..., de las que no te has enterado hasta ahora...

DON MARTÍN.—Porque presentía algo de esto y me daba miedo comprobarlo. ¡Hijos ingratos! ¡Qué dolor!... ¡Y yo que todo lo hice porque quería para ellos un porvenir brillante!... Sacarlos de la mediocridad de la vida labriega.

DON ONOFRE.—Martín, te quiero como a un hermano, y recuérdalo, siempre te lo dije, aun sabiendo que contrariaba tus inclinaciones: los hijos de

un labrador, labradores. Tú eras un labrador rico, debías tu fortuna a la tierra, a esta tierra santa, regada con el sudor de tus abuelos, de tu padre, del tuyo propio... ¿Por qué apartar a tus hijos de ella? Buenos y necesarios son médicos y abogados, pero noble oficio es también aquel en que Dios te da por maestra a la Naturaleza, y el cual has de practicar con esfuerzo inteligente y resignación humilde, porque como se trabaja sin la seguridad de un fruto cierto, se estima más cuando se logra y se sabe mejor, al lograrlo, todo lo que de él le debes a tu esfuerzo, al amor de la tierra y a la bondad de Dios. Buenos y necesarios son médicos y abogados, pero los hijos de labradores, ¡labradores!

DON MARTÍN.—¡Tienes razón, Onofre! ¡Y todo este desengaño aflige mi alma hoy, precisamente hoy, que si no convences a don Elías, vendrá el Juzgado a ejecutar un embargo!... ¡Y entonces!...

DON ONOFRE.—¡Por Dios, no te aflijas!... ¡Calla, tu hijo Gonzalo!

DON MARTÍN.—¡Dios lo envía! No quiero callar más. ¡Mi alma estalla de indignación!

ESCENA XI

DICHOS, GONZALO y LUCHI.

GONZALO.—*(Saliendo con Luchi.)* Padre, venimos con una pretensión.

LUCHI.—A papá se le ha ocurrido una idea genial: que comamos en el Pradillo, a la sombra de la encina grande.

GONZALO.—Nosotros hemos aprobado la idea.

DON ONOFRE.—¡Hombre, gracias a Dios que han aprobado algo!

DON MARTÍN.—Me parece muy bien; pero hágame el favor, Luchita, de decirle a mi hijo Juan Manuel que tenga la bondad de venir, que he de darle un recado urgente.

LUCHI.—Muy bien, sí, señor. Con mucho gusto.
GONZALO.—Pues vamos. *(Inician el mutis.)*
DON MARTÍN.—No; tú, quédate, Gonzalo; porque el recado es para ti también.
GONZALO.—Bueno.
LUCHI.—Pues allá voy. *(Antes de salir, vuelve y dice.)* ¡Ah! Papá, que le dijera a usted que, por fin, ¡un conejo muerto! *(Vase.)*
DON ONOFRE.—¿De qué padecería?...

ESCENA XII

DICHOS, menos LUCHI.

GONZALO.—*(Aparte.)* ¡Mala cara! ¿Qué será? *(Alto.)* Bien, ¿qué asunto?... Porque el ceño de usté no es tranquilizador, padre.
DON MARTÍN.—No te impacientes. Esperemos a tu hermano.
DON ONOFRE.—Bueno, yo os dejo. Si quieres algo de mí...
DON MARTÍN.—Procura convencer a don Elías.
DON ONOFRE.—Ya conoces a ese usurero. ¡Sin embargo!...
DON MARTÍN.—Siquiera hasta que se vaya esta gente.
DON ONOFRE.—Lo intentaré. *(Vase.)*

ESCENA XIII

DON MARTÍN y GONZALO. Entra JUAN MANUEL.

JUAN MANUEL.—Me ha dicho Luchita...
DON MARTÍN.—Sí, hijo; necesito hablaros.
JUAN MANUEL.—Por la cara que tiene usted, de algo desagradable, ¿no?
GONZALO.—Don Onofre, que ha venido de Madrid con algún chisme.

DON MARTÍN.—Don Onofre ha venido de Madrí con la verdad, que ya tenía yo metida en el corazón.

JUAN MANUEL.—Vaya, pues usté dirá.

GONZALO.—Sermón tenemos.

DON MARTÍN.—No lo temas. Ni siquiera voy a increparos. Es muy cruel lo que habéis hecho conmigo para aliviarlo con una lamentación tardía. Os envié a estudiar a Madrid, impulsado por mi amor paternal y para procuraros un porvenir brillante. ¿Y cómo lo habéis pagado? No aprovechando ni un curso siquiera y hundiéndome al fin en la ruina con vuestras trampas y vuestras deudas, metido entre préstamos e hipotecas.

GONZALO.—Y usted ¿por qué se entrega en manos de usureros?

DON MARTÍN.—Porque las vuestras me estaban derrochando en la crápula y el vicio más de lo que la tierra producía.

GONZALO.—Pero ¿quiere usté hacernos creer que por las cuatro miserias que hemos gastado, para no vivir en Madrid como estudiantes pordioseros...?

DON MARTÍN.—¿Pordioseros...? ¡Pero, en fin, no tenéis vosotros la culpa!...

JUAN MANUEL.—Entonces, si usted lo dice...

DON MARTÍN.—La tengo yo, que soñé para vosotros...

GONZALO.—¿Cuándo le dije yo a usted que quería ser abogado?

JUAN MANUEL.—¿Ni yo médico?

GONZALO.—En fin, vamos a la realidad, padre. Que no podemos acabar la carrera, ¿no es eso?

DON MARTÍN.—¡Pero si no la habéis empezado apenas!...

JUAN MANUEL.—Más claro: ¿que no puede usted seguir sosteniéndonos en Madrid, en una palabra?

DON MARTÍN.—¿Cómo? Ahora mismo vendrá quizá el Juzgado a embargar mis bienes.

GONZALO.—Pues si no tenía usté para sostenernos hasta el fin, ¿por qué nos ha puesto en ridículo?

JUAN MANUEL.—Y nos prepara este bochorno de no poder seguir.

DON MARTÍN.—Porque nunca pensé que conociendo la magnitud de mi sacrificio me engañaríais tan villanamente.

GONZALO.—¡Exageraciones!

JUAN MANUEL.—¡Pretextos ridículos!

DON MARTÍN.—¡Y encima me increpáis! ¡Es lo justo! ¡El castigo de mi error! ¡Quise sustraeros a la tierra, y la tierra se venga! Todo lo hice por vuestro cariño y por vuestro bien. Como Dios lo sabe, puede que El también me perdone a mí. Adiós. *(Se va llorando.)*

ESCENA XIV

DICHOS, menos DON MARTÍN.

JUAN MANUEL.—*(Pausa dolorosa.)* ¡Tiene algo de razón!

GONZALO.—Pero algo nada más. Porque a mí ¿qué me importa la abogacía?

JUAN MANUEL.—Y yo dije que quería estudiar, por huir de este aburrimiento de pueblo.

GONZALO.—Bueno, y ya has oído: ¡la ruina..., que ya me lo tenía yo tragado!

JUAN MANUEL.—¿Y qué hacemos ahora?

GONZALO.—Ni qué decir. Yo me vuelvo a Madrid.

JUAN MANUEL.—Y yo. ¡Mira éste! ¿O crees que me voy a meter en casa de don Acisclo, el notario, de mozo de mulas?

GONZALO.—¿Por qué no cultivas a esta cursi de Luchita? Es rica. Nos salvaría.

JUAN MANUEL.—Hay una pequeña dificultad: que no la quiero.

GONZALO.—¿Y a eso le llamas dificultad?

JUAN MANUEL.—Y tú, si volvemos, ¿qué harás?

GONZALO.—¡Qué sé yo!... A los veinticuatro años tiene un hombre muchos recursos. La Nati está

por mí que hace números; y su banquero es manantial que no se agota.

JUAN MANUEL.—¡Veo que estás bien orientao!

GONZALO.—¡Todo, menos arar!

JUAN MANUEL.—¡Todo!

ESCENA XV

DICHOS y la TÍA BARULLO.

TÍA BARULLO.—*(Por la primera derecha.)* Pues eso es lo que debiais hacer: pedirle perdón a la tierra y quedarse en ella pa trabajarla y quererla como vuestro padre, como vuestros abuelos.

JUAN MANUEL.—¿Y a ti qué te importa?... ¡Vete a paseo! *(Vase izquierda.)*

ESCENA XVI

GONZALO y la TÍA BARULLO.

TÍA BARULLO.—Que os he oido con una rabia, que me salen chispas de los ojos. ¡Destrozar vuestra casa, y cuando llega la ruina, huir!...

GONZALO.—Métete en tus asuntos.

TÍA BARULLO.—Mis asuntos son los de tu padre, porque como su pan.

GONZALO.—¿Qué te importa a ti nuestra casa?

TÍA BARULLO.—Me importa, porque vuestra casa es la mía, que en un rincón de ella vivo...

GONZALO.—¡Déjame en paz!

TÍA BARULLO.—¡No quisiá más que te golvieras pequeño!... ¡Cómo te iba a poner de azotes el...! ¡El demonio de crío éste!... ¡Maldita sea!...

ESCENA XVII

DICHOS y MALENA.

MALENA.—*(Baja de los riscos. Alegre y sonriente más que nunca.)* A los güenos días. ¡Ustés me dispensen y me...! *(Mira a Gonzalo. Aparte.)* Este es el pequeño.

GONZALO.—*(Admirado.)* ¡Qué chica!

MALENA.—*(Graciosa y burlona.)* ¿Alguno de ustés dos es la tía Barullo?

GONZALO.—*(Riendo.)* ¿Quién te lo parece?

MALENA.—No quisiá equivocarme; pero esta señora. ¿A que es usté?

TÍA BARULLO.—*(Con mal genio.)* Y a ti, si te llamaran tonta, ¿te lo creerías?

MALENA.—No, señora; pa qué la voy a usté a engañar.

GONZALO.—¡Qué chiquilla tan linda!...

TÍA BARULLO.—¿Y de ande eres tú?

MALENA.—D'ande la tía Tanasia; soy la Malena.

TÍA BARULLO.—¿Esa sobrina que l'ha venío hace poco?

MALENA.—Va pa los quince días. *(A la Tía Barullo.)* Que se le cae a usté la falda.

TÍA BARULLO.—¿Y a ti qué te importa?

MALENA.—Por si le importaba a usté.

TÍA BARULLO.—¿Y qué demontres querías?

MALENA.—Pues naa: que el Sindo m'ha dicho que si vendría de criá pa su casa; y como una está pa ello..., y que la tía Barullo me diría... La tía Barullo, ¿es alguno d'ustés?...

TÍA BARULLO.—Oye, niña: ¿por qué no se lo preguntas a tu abuelita?

MALENA.—Porque tie más mal genio que usté.

GONZALO.—Pero ¿tú sirves?

MALENA.—No sé; ustés me prueban y lo ven. Una qué va a decir de una...

TÍA BARULLO.—Pero ¿tú has hablao antes con el Sindo?

MALENA.—Sí, señora. Un chico medio así..., pero mu simpático, mejorando lo presente.

GONZALO.—¡Tú ya estás mejorada!

MALENA.—¡Huy, por Dios!... Naa, que una...

GONZALO.—Y eres muy guapa.

MALENA.—¿Yo?... ¡Ay!... ¡Huy..., por Dios, no, que una...! ¡Y usté tamién es mu güen mozo.... mejorando lo presente! *(Mira a la Tía Barullo.)*

TÍA BARULLO.—Lo que debías mejorar es la formalidá..., mejorando lo presente.

GONZALO.—*(A Malena.)* ¡Monísima!

MALENA.—*(Sin hacer caso a la Tía Barullo.)* Pos si me viera usté con el traje de los domingos... Tengo uno a lunares...

GONZALO.—*(Cada vez más seducido por la coquetería de la chica.)* ¡Es que te veo con el de los lunes, y me pareces preciosa!

TÍA BARULLO.—Güeno, basta de piropos.

MALENA.—Pero así estoy mu escurrida. Ya me verá usté con tacones.

GONZALO.—¡Te vea como te vea, pa comerte!

MALENA.—¡Huy! ¡Ay!... ¡Qué hambrón!... Pues usté a mí...

TÍA BARULLO.—¡Que basta de piropos he dicho niña!

MALENA.—¡Ay, bueno!... Que yo no he empezao..., ¿eh?... ¡Que coste! ¡Qué mal genio, mejorando lo presente!

TÍA BARULLO.—¿Tú qué quies ganar?

MALENA.—Pues misté...: yo, con no estar en mi casa, ya gano, porque mi tía es mu pegona y me arrea ca paliza... No se acuesta ninguna noche sin pegarme. Me ha tomao por el colchón; si no me golpea, no duerme a gusto.

GONZALO.—Y tú, ¿quieres servir en casa?

MALENA.—Si les gusto a ustedes...

GONZALO.—¡Que si nos gustas...!

MALENA.—Ustés son toos mu simpáticos... *(Con coquetería.)* ¡Mejorando lo presente!

GONZALO.—¿De veras?

MALENA.—¡Ya lo creo!...

TÍA BARULLO.—Esta marrullera es la que ha hecho llorar a Sindo. Me apostaría las orejas.

GONZALO.—Oye, tía Barullo: por favor, ¿quieres ir a ver cómo anda la comida?

TÍA BARULLO.—¡La comida!... ¿Que me vaya?... Sí, sí; ya, ya.

GONZALO.—Anda, que ya conoces... Vete a ver si...

TÍA BARULLO.—¡Ya, ya! ¡Sí, sí!

GONZALO.—Y que no descuiden el arroz... ¡Anda!

TÍA BARULLO.—No, no; sí, sí; ya, ya... *(Aparte.)* ¡El arroz!... ¡Granujas!... Voy a llamalo al chico, y que me diga, que si no éstos... *(Vase.)*

ESCENA XVIII

DICHOS menos la TÍA BARULLO; al final, la VOZ DE SINDO.

MALENA.—*(Riendo.)* ¿Quería usté echala?

GONZALO.—Algo parecido.

MALENA.—Lo he notao.

GONZALO.—Quería que nos dejara solos.

MALENA.—También lo he notao.

GONZALO.—Eres lista.

MALENA.—Sí, señor; y por eso me voy. Quede usté con Dios. *(Inicia el mutis.)*

GONZALO.—*(Sorprendido.)* Pero ¿te vas?

MALENA.—Ahora mismo o antes.

GONZALO.—Pero ¿por qué?

MALENA.—¿No se quie usté quedar solo?

GONZALO.—Solo, contigo.

MALENA.—¿Conmigo?... ¡Quia!

GONZALO.—Pero ¿por qué?

MALENA.—Tie usté un mirar, que yo sola con usté no me quedo.

GONZALO.—¿Te asusto por feo?

MALENA.—¡No me ha asustao el Sindo, y me va a asustar usté!...

GONZALO.—Entonces, no me explico...

MALENA.—Yo tampoco; pero me voy. A ver si dejándole a usté solo, se lo explica.

GONZALO.—Ven acá, tonta. *(La detiene.)*

MALENA.—¿Tonta..., y me quiero ir?

GONZALO.—No te vayas ni te enfades. Hablemos de tu servicio.

MALENA.—Sí; pero pa lo que usté va a querer, no sirvo yo.

GONZALO.—¿Tú qué sabes?

MALENA.—Una se malicia las cosas...

GONZALO.—Estás equivocada.

MALENA.—Sí, sí... Tenía yo una chica amiga mía, que entró en una casa, y por fiase del señorito, se salió de doncella, y ahora..., claro que ahora gana más..., pero es porque entró de ama en otra casa.

GONZALO.—¡Qué maliciosa!

MALENA.—Sí, sí... Y yo estuve en otra, que si no salto por una ventana, el hijo del amo...

GONZALO.—Sí; pero en mi casa...

MALENA.—En la de usté no hay escape, que toas las ventanas tien reja. Me he fijao.

GONZALO.—Pero tienes una puerta muy grande...

MALENA.—¿Pa qué?... ¿Pa que cuando pueda salir me tenga más cuenta quedame?

GONZALO.—Eres maliciosa y astuta...

MALENA.—¿Y usté qué es, que no me suelta?

GONZALO.—Un hombre que cree que una chiquilla como tú, con esa cara y esa figura, no está bien de criada.

MALENA.—¿Y de qué quiere usté tomame?

GONZALO.—De algo que te haga una mujercita guapa y bien vestida.

MALENA.—¿Yo?... ¡Ja, ja, ja!... ¿Guapa y qué?

GONZALO.—De algo que te llene de gracia y de bienestar.

MALENA.—No lo valgo.

GONZALO.—Lo vales y lo mereces.

MALENA.—¡Quia!... Me está usté diciendo esas mentiras, que no nos creemos ninguna y que nos engañan a todas. ¡Una tiene...! ¡Vaya, con Dios!

GONZALO.—No, no te vayas... Dame esa rosa.

MALENA.—La traía pal Sindo.

GONZALO.—¿Te gusta más que yo?
MALENA.—¡Cómo me va a gustar más!...
GONZALO.—¿Entonces...?
MALENA.—Güeno; con Dios.
GONZALO.—¡Trae! *(Le quita la rosa.)*
MALENA.—*(Quiere recuperarla.)* Traiga usté.
GONZALO.—*(Atrayéndola.)* Pues dame un beso.
MALENA.—¡No, no, no!
GONZALO.—¿Por qué no?... Ven... *(Quiere besarla.)*
MALENA.—¡Que no! ¡Misté que grito!
GONZALO.—¡Que sí! *(Luchan.)* ¡Ven, mujer!
MALENA.—¡Que no!... ¡Eso, no!... *(Al verse forzada, llama.)* ¡Sindo! ¡Sindoooo!
GONZALO.—¡Calla! ¡Pues me lo has de dar!
MALENA.—¡Que no!... ¡Sindo! ¡Sindoooo!
SINDO.—*(Dentro.)* ¿Quién me llama?...
GONZALO.—¡Que sí! *(La vence y se lo da.)*

ESCENA XIX

DICHOS y SINDO, que aparece jadeante, iracundo, transfigurado, al adivinar lo que ocurre.

SINDO.—¡Suéltala! ¡Suelta, cobarde!
MALENA.—¡Ya, pa qué! *(Se limpia los labios e intenta irse.)*
GONZALO.—¡No te vayas!
MALENA.—¡Suélteme usté! *(Forcejea.)*
SINDO.—O la sueltas, o... *(Le amenaza.)*
GONZALO.—Y a ti ¿qué te importa? *(Con risa cínica.)*
SINDO.—¡Sí me importa!... ¡Suéltala!...
GONZALO.—¡Quita de ahí, sabandija! *(Le empuja y le tira al suelo.)*
SINDO.—*(Levantándose.)* ¡Lo mato! ¡Lo mato! *(Coge una piedra.)*
MALENA.—*(Intercede.)* ¡No, no, por Dios; no pegarse!
GONZALO.—¡Deja a ese escuerzo!... ¡Vamos!... ¡Vámonos!...

MALENA.—¡No, no, por Dios!... *(Se la lleva, tirando de un brazo.)*

ESCENA XX

SINDO; luego, la TÍA BARULLO; después, DON MARTÍN.

SINDO.—¡Y se la lleva! ¡Lo mato! ¡Lo mato! *(Al ir a tirarle la piedra sale la Tía Barullo y le detiene.)*

TÍA BARULLO.—¡No, hijo mío, que es tu hermano!

SINDO.—No es mi hermano..., ¡que me se lleva la vida y la alegría!... ¡Deja que lo...!

TÍA BARULLO.—*(Le tapa la boca.)* ¡Deja que se la lleve, que ella no vale naa y tú vales cien mil veces más que él!

SINDO.—*(Desesperado.)* ¡Mentira!... ¿Qué valgo yo? Nada... ¡Feo, ruin, asqueroso!... ¡Mira, mira esa sombra! *(Contempla su sombra, proyectada por un sol fuerte en la pared blanca de la tapia del huerto de su casa.)* ¡Es mi figura maldita! ¡Mira qué horror! ¡Mírala!... ¿Cómo me iba a querer a mí?... ¿Y por qué, Dios mío, por qué?... ¡No quiero ver esa sombra!... ¡No quiero verme!... ¡No, no quiero, Dios mío, no quiero! ¡Bórrala!... ¡Llévatela! ¡No quiero, no quiero! *(Enloquecido, golpea la sombra, como si quisiera borrarla.)*

TÍA BARULLO.—¡Pero, hijo de mi alma!... ¡Estás loco!... ¡Cálmate!... ¡Cálmate!... ¡No llores!... *(Sindo llora amargamente, derribado sobre una peña.)*

DON MARTÍN.—Pero ¿qué le pasa a ese chico?

TÍA BARULLO.—¡No sé cómo ha amanecío hoy de loco, que se pega hasta con su sombra!

DON MARTÍN.—¡Tía Barullo, ha empezao el embargo!

TÍA BARULLO.—¿Ya?

DON MARTÍN.—Ha venido el Juzgao. Toma, dale al juez las llaves y acompáñalos por donde quieran. ¿Y mis hijos?

TÍA BARULLO.—No cuente usté con ellos. Les he oído que se vuelven a Madrid. ¡Le abandonan a usté!

DON MARTÍN.—¡Coronan su crueldad con la fuga!... ¡Bien!... Todo lo merezco. Anda, adelántate. Ahora voy yo.

TÍA BARULLO.—*(Temerosa.)* Pero ¿usté?...

DON MARTÍN.—¡Anda, por Dios!... Dale al juez las llaves. Ahora voy yo...

TÍA BARULLO.—¡Voy, voy!... *(Aparte.)* ¡No sé que le noto!... ¡Me da miedo este hombre! *(Vase.)*

DON MARTÍN.—*(Nervioso, emocionado, semiinconsciente.)* ¡Dios mío, perdóname! ¡Ver deshecha la hacienda de mis abuelos, de mis padres, por el amor a mis hijos, que me pagan con el abandono!... ¡Tierra, tierra, cómo te vengas!... ¡No lo resisto, y antes que me mate el dolor...! *(Coge de entre unas peñas la escopeta que él mismo ha dejado al salir, con trágica decisión.)*

SINDO.—¡Padre!... *(Vuelto de su ira, le contempla aterrado, salta junto a él, le quita la escopeta y dispara al aire los dos tiros.)*

DON MARTÍN.—¿Qué haces?

SINDO.—¡Matar a la muerte!

DON MARTÍN.—¡Hijo, se ha hundido nuestra casa!

SINDO.—¡No le hace, padre! ¡Usté y yo, a vivir!... ¡Pongámonos de cara al Calvario..., y la fe nos dará el ánimo!

DON MARTÍN.—¡Pero nuestra casa en ruinas, hijo mío!...

SINDO.—¡Yo la volveré a levantar, piedra a piedra!

DON MARTÍN.—¿Tú?

SINDO.—¡Yo!... Lo que los hombres han echao al suelo, lo volverá a levantar el Hombrecillo... ¡Lo juro... por esas cruces!

TÍA BARULLO.—*(Sale conmovida.)* ¡Aún le queda a usté un hijo!

DON MARTÍN.—¡Hijo mío!

SINDO.—¡Yo me quedo, padre! *(Se abrazan llo-*

rando. Se proyecta en la pared, como antes, la sombra de este abrazo.)

TÍA BARULLO.—¡Mira ahora esa sombra!... ¡Mira si hay otra más dulce y más hermosa!... ¡Mirala!...

SINDO.—¡Yo me quedo, padre!... ¡Yo me quedo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Patio descubierto de una gran casa de labor, en Castilla. A la derecha, fachada posterior de la casa, con puerta de acceso. A la izquierda, corralizas y habitaciones para la gañania. Al foro, tapiales altos con puerta de carros. Todo enlucido. En el centro, bajo una morera, un pozo con roldana, cubo y pila de lavar. Horizonte de campo. Aún no ha amanecido. La escena, sola. Se inicia en el Oriente la claridad del alba. Cantan las alondras; se escucha el cacareo de un gallo y suena lejos el campanillo de unas monjas llamando a misa primera. El día, que empieza.

Han pasado tres años desde el primer acto.

ESCENA PRIMERA

SINDO; luego, la TÍA BARULLO y SIDORA.

SINDO.—*(En traje de hombre de campo acomodado, sale puerta de la derecha, que pertenece a la casa, cuya fachada posterior se ve. Se persigna, se pone el sombrero, abre el portalón del foro y luego palmotea, como llamando.)* ¡Arriba la gente, que está amaneciendo! *(Golpea en los ventanucos de los cuartos de los gañanes.)* ¡Canijo!... ¡Tío Terrones!... ¡Polvorilla!... *(Cada uno de los llamados dice a su tiempo: «¡Va!»)* ¡Amos, que es la hora! *(Golpea en otro.)* ¡Tío Modorro!... *(No contestan.)* Este, ni por ésas. *(Muy fuerte, en otra ventana.)* ¡Y usté, tía Barullo; amos, que usté debia ser la primera!... ¡Y tú, Sidora!... ¡Hale, hale!... *(Abre la puerta del cuarto.)*

TÍA BARULLO.—*(Saliendo con Sidora.)* ¡Por Dios, hombre, que estamos medio desnudas!

SIDORA.—¡Madre, qué vergüenza! *(Salen corriendo, ligeras de ropa.)*

TÍA BARULLO.—Yo voy a acabame de vestir en el pajar.

SIDORA.—¡Y yo! *(Se meten por una puertecilla. Canijo, Terrones y Polvorilla asoman, riendo, sus cabezas, curiosas y ávidas, por los ventanucos.)*

ESCENA II

SINDO; luego, CANIJO.

SINDO.—¡Ya sabía yo con lo que os espabilaba, sinvergüenzas! *(Gritando ante el ventanuco de antes.)* ¡Tío Modorrooo!... ¡Naa, éste es una piedra!... ¡Qué bien puesto tie el mote!

CANIJO.—*(Sale acabándose de vestir.)* ¡Güenos días mos dé Os!

SINDO.—Tú, Canijo, apaña la yunta y vete a aviar too lo del Pradillo, hasta la Olmeda. ¡A las doce, que esté acabao!

CANIJO.—¿Y en el supuesto de que la yunta, con el requemó del aire...?

SINDO.—¡A las doce que esté acabao!

CANIJO.—Yo lo icía porque...

SINDO.—¡A las doce, que esté acabao! Picando. *(Le echa.)*

CANIJO.—¡Rediez, qué avasallativo! ¡Caa vez que hablo con él, me sobran quince u veinte palabras!

ESCENA III

SINDO y TERRONES.

TERRONES.—*(Saliendo.)* ¡Santos, güenos y mu felices los tengas y los...!

SINDO.—¡Basta! Usté, tio Terrones, ande con las

olivareras a varearme hasta la Punta el Arriero. A la caída el sol, hecho.

TERRONES.—Es que me dijo el Barriles que si empezáramos por la...

SINDO.—Como le he dicho; y a la puesta del sol, hecho.

TERRONES.—Güeno, güeno... Las eneciativas...

SINDO.—Mías. Listo. *(Lo echa también. Gritando y golpeando en el ventanuco de antes.)* ¡Tío Modorrooooooo!

ESCENA IV

SINDO y POLVORILLA.

POLVORILLA.—*(Sale con gran viveza.)* ¡Güenos!... Yo, ya sé. A mí no me tie usté que icir naa, pero naa, naaa. ¡Cojo la mula, y de que la coja, la doy agua, y de que se la dé, la aparejo, y de que la apareje, saco el pienso, almuerzo yo, y tan y mientras ella come, la llevo a binar lo de las Tejuelas, lo bino...

SINDO.—Y a la hora de la siesta, acabao.

POLVORILLA.—U antes. ¡Soy un rayo! *(Con gran presteza.)* Voy por la mula... *(Inicia la ida y vuelve.)* O, si no, no... Primero sacaré el agua. *(Va a hacer y cambia.)* O, si no, antes la aparejo... *(Coge los arreos.)* Pero ¿y si cuando la apareje no quie beber, porque...? Lo mejor es que me vaya a almorzar.

SINDO.—Lo mejor es que hagas una cosa..., ¡pero que la hagas!

POLVORILLA.—A mí no me tie usté que icir naa. ¡Soy un rayo!

SINDO.—Pero un rayo que no sabe lo que hacer, no es un rayo, es un buscapiés. ¡Hale, hale!

POLVORILLA.—¡Chis!... Verá usté... *(Echa el cubo al pozo para sacar agua.)* O, si no... *(Lo suelta. Va por un aparejo.)* ¡A mí no me diga usté naa!

ESCENA V

SINDO y la TÍA BARULLO; después, el TÍO MODORRO.

SINDO.—Es que si no te digo, no haces naa. *(De nuevo ante el ventanuco.)* ¡Tío Modorrooooo! *(No responden.)* Aquí fallo.

TÍA BARULLO.—*(Entra ya vestida.)* Pero ¡qué crisma renegá tie ese ladrón! ¡No paece mi hermano!

SINDO.—¡Pero verá usté hoy cómo lo espabilo! *(Entra en uno de los cuartos.)*

TÍA BARULLO.—¡Sí, hombre; anda con ese vago!

SINDO.—¡Amos, hale! ¡Arriba! ¡Andando! *(Le saca a empujones, en calzoncillos y camiseta, con los pelos revueltos.)*

TÍO MODORRO.—¡Por Dios, que estoy en paños menores!

SINDO.—Ya se los agrandaremos. ¡Hale! *(Le empuja hacia la pila.)*

TÍO MODORRO.—¡Que esto no se hace con un cristiano, caray!... ¡Sacame desnudo, con lo vergonzoso que soy!

SINDO.—Yo le vestiré a usté en un santiamén. Primero, la «toilé». Meta usté la caeza en el cubo.

TÍO MODORRO.—¿Y si estornudo?

TÍA BARULLO.—¡Te sonas!

SINDO.—*(Que le ha puesto la cabeza en la pila y le ha echado el cubo por la cabeza.)* Y ahora, a secase. *(Se la envuelve en un saco.)* ¡Hala!

TÍO MODORRO.—*(Con la voz temblona por la impresión fría.)* ¡Amos..., que esto es una here..., una here...!

TÍA BARULLO.—¿Una ere?... ¡Pues parece una jota..., por lo que bailas!

SINDO.—¡Venga la camisa!... *(Se la pone.)* ¡Venga el pantalón!... *(Se lo pone.)*

TÍO MODORRO.—¡Tiranos!... ¡Amos, que esto!...

SINDO.—Venga la faja... *(Le prende un cabo al pantalón y le da otro a la Tía Barullo.)* Tenga usté

d'aquí... *(Y empieza a darle vueltas, obligándole, hasta que le ha liado toda la faja.)*

TÍO MODORRO.—¡Que me estáis mareando!...

SINDO.—*(Muy de prisa.)* ¡No le hace!... La blusa, la boina, la vara... ¡Y hale, a escardarme los Garrapicales...; a las cuatro, listo!

TÍO MODORRO.—*(Vacilando.)* ¡Si es que me he mareao y no sé por ande se va!... Que a un cristiano no se le faja sin su consenti...

ESCENA VI

DICHOS y SIDORA.

SINDO.—A las cuatro, listo. *(Le saca fuera, le da un empujón y le echa.)* Usté, a lavar, tía Barullo... Tú *(A Sidora, que sale.)*, a hacer los gazpachos pa la gente, y yo, a dale los buenos días a mi padre, que aún no lo he visto. *(Metiéndose prisa a sí mismo.)* ¡Hale!... *(Vase.)*

ESCENA VII

DICHOS, menos SINDO.

TÍA BARULLO.—*(Lavando.)* ¡Qué chico! Pero ¿no ves? ¡Se mete prisa a sí mismo! ¡Quién iba a icilo!... ¡Qué atividá! Así, en menos de tres años ha levantao su casa...

SIDORA.—Su casa la habrá levantao en tres años; pero a nosotras nos ha levantao en un menuto... Yo voy a hacer el gazpacho. A ver si me sale elétrico, que es el que le gusta. Lumbre, agua, mendrugos y ¡pron!... ¡Sopas! *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos SIDORA.

TÍO MODORRO.—*(Entra indignado por la puerta del foro, dando manotazos y renegando.)* ¡Amos, que no, que no y que no!... ¡Que esto no es manera de tratar a un cristiano!...

TÍA BARULLO.—Pero ¿tú otra vez?

TÍO MODORRO.—¡Ya lo creo que otra vez!... ¡Como que en cuanto he echao dos pasos afuera, me estoy desnudando sin querer!... ¡Claro, como que m'ha vestío a garrapás..., y los calzones me se caen, y la faja me se deslía..., y la camisa...! ¡Pos claro: m'abrochan el botón d'arriba con el ojal d'abajo..., y no sé ande tengo el faldón..., y así, ¿ande va un cristiano?... ¡Too hay que miralo!

TÍA BARULLO.—¡Si tú tuviás diligencia!...

TÍO MODORRO.—¿Diligencia?... ¡Un carro que m'aplastara es lo que debía yo de tener..., porque si a mí me se hubiá llamao...!

TÍA BARULLO.—¡Pero si t'han llamao más de cuarenta veces, hombre!

TÍO MODORRO.—Habrá sío en voz baja.

TÍA BARULLO.—¿En voz baja?... ¡Y hemos arquilao un barítano! Y pa que estés alerta, mañana, a las cuatro, en pie. ¿Lo oyes?

TÍO MODORRO.—¿A las cuatro?... Amos, hombre, que va a llegá un día que vais a queré que me levante antes d'acostame... ¡Porque si a mí me se llama a mi hora!...

TÍA BARULLO.—¡Y dale! ¡Lo que eres tú es un vago! Cuando t'han llamao, ya habían dao las cinco. ¡Ya habían dao! ¿Lo oyes?

TÍO MODORRO.—Y yo ¿qué culpa tengo? ¿Las he dicho yo que dieran?... ¡Y es que ese Sindo es un avasallaor que mos tie sacrificaos!

TÍA BARULLO.—¡Amos, no digas eso!... ¡Un chico que a toos atiende y se compaece hasta de los animales!...

Tío MODORRO.—Pues si se compaece de los animales, que se compadezca de mí, que soy tan animal como ellos o más.

TÍA BARULLO.—¡Muchismo más!

Tío MODORRO.—¡Por eso digo! ¡Siempre con un agobio e trebajo!... Porque es lo que yo digo: «Señor, el trebajo tie que ser sentao...» *(Se sienta.)* ¡Pero mu sentao!

TÍA BARULLO.—Güeno; pero tú levántate... ¡Hale! Que si ve que has vuelto...

Tío MODORRO.—Pos dame el almuerzo pa que me lo coma aquí, que luego, en el campo, las moscas me se lo devoran.

TÍA BARULLO.—Anda, anda. Toma un cacho tortilla d'anoche y un peazo e pan que te guardé.

Tío MODORRO.—Venga, que tengo un hambre... *(Empieza a comer con voracidad.)*

ESCENA IX

DICHOS y SINDO.

SINDO.—*(Que, al salir, ve al Tío Modorro.)* Pero ¿usté toavía aquí?

Tío MODORRO.—¡Pero, hombre, si es que iba a esayunar..., porque creo yo que el trebajo requiere...!

SINDO.—¿Y se tie usté que comer too eso?

Tío MODORRO.—¡Pos claro!

SINDO.—Es mucho. Traiga usté, que yo le ayudaré, y asi acaba usté antes.

Tío MODORRO.—¡No, quia! Deja, deja..., que ya me las apañaré yo solo. Deja, deja... ¡Prefiero las moscas! *(Sale corriendo.)*

ESCENA X

DICHOS, menos el TÍO MODORRO.

SINDO.—Si Dios le llega a decir a éste aquello que le dijo a Lázaro de: «Levántate y anda», le pone en ridículo.

TÍA BARULLO.—Pero hay que reconocer que hoy tie una meaja e razón; que pa eso del trebajo tú te has vuelto una tarabilla, que no dejas parar a naide.

SINDO.—En el trebajo, el que para, pierde.

TÍA BARULLO.—Si hasta a mí me ties que no vivo; que me ves too el día azacaná, y llega la noche y no callas, con que si estoy levantá u no lo estoy; y si lo estoy, dices que m'acueste pa que me levante pronto; y cuando m'acuesto, que por qué no estoy levantá. Y cuando me dispierto, que me duerma, y cuando me duermo, que me dispierte, que ronco; y cuando ni ronco, ni me duermo, que qué hago en la cama... ¡Amos, que me hace unos líos, que hay noches que voy a acostame y no sé si echame en el colchón o quedame en el aire!

SINDO.—Sí, sí... ¡Por algo la llaman a usté la tía Barullo!

TÍA BARULLO.—¡Injusticias!

SINDO.—¿Injusticias?... Acuérdese usté de hace un año, que la llamó a usté el Juzgao a declarar y les armó usté un lío que acabó el juez por creerse que era él el criminal y de poco se mete en la cárcel.

TÍA BARULLO.—Güeno, güeno... Búrlate, que si la burla te alegra... ¡Qué más quiere una, que tanto te quiere, sino verte alegre! ¡Que güena falta te hace!

SINDO.—¡Pocas pamplinas!

TÍA BARULLO.—Pero para una meaja, por Dios, que trebajas como un azacán y te estás matando.

SINDO.—Otras cosas matan, que el trebajo no. ¿Y

cree usté que si no hubiá trebajao así podría haber levantao mi casa como la estoy levantando?

TÍA BARULLO.—Eso, sí; que en tres años has echao fuera la metá e las hipotecas.

SINDO.—Pos too eso es voluntá y trebajo, tía Barullo. ¿Que ni la tierra ni yo descansamos? Pero le daré a mi padre la alegría de que vuelva a ser amo e lo suyo... ¡Y yo... y mis hermanos tendremos lo que nos corresponde!

TÍA BARULLO.—*(Con indignación.)* ¡Amos, que si te acuerdas de tus hermanos no ties perdón de Dios!... Que toavía te veo roando por el suelo, abofeteao, sucio e barro y de sangre, encima de que te se llevaron aquella gandula.

SINDO.—*(Con viveza.)* ¡Gandula, no! Que no quiso a un jorobao. ¡Hizo bien!

TÍA BARULLO.—Las jorobas del alma son las que hay que mirar.

SINDO.—Hasta que Dios disponga otra cosa, las que se ven son las del cuerpo. ¡Gandula, no!

TÍA BARULLO.—¡Aún se ve que la quieres!

SINDO.—Eso pa mí queda. Usté se guarda... *(Indica silencio.)*

TÍA BARULLO.—A ti lo que te convenía pa estar alegre era otra moza. ¡Créemelo, Sindo!

SINDO.—*(Como rechazando la idea.)* ¡Huy, huy, huy!... ¿Pa estar alegre?... Pero ¿no lo estoy?... ¡Como unas sonajas!... Salga usté a esa puerta, de que yo salga, y me verá usté en la era, subío en el trillo, arreando las mulas y cantando una copla, mientras el polvo dorao de la mies sube por el aire con olor de verano y de abundancia... *(Canta muy mal.)*

Morenita resalada,
cara de color de trigo...

(Se van riendo y cantando.)

ESCENA XI

La TÍA BARULLO; después, MICAELA.

TÍA BARULLO.—Ahí falla. En cuanti que canta, las chicharras se güelven locas a hacele la competencia... Ahora que..., ¿güeno?... ¡Eso es un ángel! ¡Y toavía la quiere!... ¡Si yo pudiá quitale!... Dicen que un clavo saca otro clavo... ¡Si yo encontrara una moza!... Pero, quia. Ya les tengo hablao a toas las chicas del pueblo, pero denguna le quiere. Que si es feo, que si es así, que si es asao... ¿Cómo no verán la hermosura de ese chico?... ¡Coquetas, ladronas!... ¡No querele! ¡Si yo diera con una que...!

MICAELA.—*(Saliendo.)* Mu güenos... *(Se muerde, vergonzosa, el delantal.)*

TÍA BARULLO.—¡Anda, la Mica!...

MICAELA.—Güenos y restregaos, por lo que se ve. ¿Ta usté lavando?

TÍA BARULLO.—Así es, hija. ¿Qué quiés, salada? Y perdona que te llame así.

MICAELA.—Pos vengo, que m'ha dicho mi madre, ¿sabe usté?, que mi padre ha ido al río y l'ha ofrecío a la Virgen medio cuartillo d'aceite si pescaba una trucha mu grande, y l'ha pescao, ¿sabe usté?, y m'ha dicho mi madre que si nos podría usté prestar el aceite pa la promesa, que se nos ha acabao.

TÍA BARULLO.—Sí, ya me feguro. Tu madre quié hacer lo del cantar:

> Virgen, si saco este pez,
> de aceite ofrezco un cuartillo.
> Y después que lo saqué:
> Virgen Santa, pa freíllo.

¿No es verdá, salada?

MICAELA.—¡Pero cómo endevina usté las cosas! ¡Huy, qué dimonio de mujer?... *(Se tapa la boca.)*

TÍA BARULLO.—Que una es tonta, ¿sabes?... Pero, pasa, pasa, que yo te vea bien. Arrímate, salada.

MICAELA.—¡Huy, me está usté poniendo de salada, que voy a dar se!

TÍA BARULLO.—*(Aparte.)* ¡Si me sirviera ésta!... *(Alto.)* A ver, ven; estírate un poco, rica.

MICAELA.—¿Yo?... *(Se estira.)* ¿Así?

TÍA BARULLO.—*(Aparte.)* Porque ésta es fea y tonta, pero bien arregladita... *(Alto.)* Ahora mete la cintura pa dentro.

MICAELA.—¿Así? *(Lo hace.)*

TÍA BARULLO.—Ahora pa afuera... Ahora pa adentro. *(Sigue obedeciendo.)*

MICAELA.—¿Pa dentro y pa fuera? ¡Huy, esto es ginasia!

TÍA BARULLO.—Saca el pecho.

MICAELA.—¡Huy, madre! ¿Pa qué?

TÍA BARULLO.—Que lo saques así, tonta. *(Lo hace ella.)*

MICAELA.—Ya sé, ya sé. *(La imita.)*

TÍA BARULLO.—A ver, anda p'alante.

MICAELA.—¿P'alante es p'allí?

TÍA BARULLO.—Y ahora, anda p'atrás.

MICAELA.—¿Y si me caigo?

TÍA BARULLO.—Da media güelta.

MICAELA.—¿Pa qué mano? *(Lo hace todo.)*

TÍA BARULLO.—Sonríete.

MICAELA.—Aguarde usté, que estoy mareada.

TÍA BARULLO.—Amos, sonríete... ¡Más!... Que te se vean los dientes...

MICAELA.—Tengo uno picao.

TÍA BARULLO.—No le hace. *(Desengañada de lo mal que lo ha hecho todo.)* Y ahora, anda, rica, anda; pero de prisa... Anda, anda...

MICAELA.—*(Andando de prisa.)* ¿Así?

TÍA BARULLO.—Más de prisa, mucho más de prisa, y no pares hasta tu casa. ¡Corre, salada! *(La pone en la puerta.)* ¡No sirve!

MICAELA.—*(Que se va y vuelve a salir.)* Pero ¿y el aceite?

TÍA BARULLO.—¡Ay, sí, mujer; perdona! Pasa.

MICAELA.—*(Muy confidencial.)* Oiga usté. Eso

que m'ha hecho usté de hacer, ¿ha sío pa ver si tengo gracia y contoneo? *(Sonrie.)* Porque si que lo tengo, sino que tengo que disimulalo, porque mi madre, ¿sabe usté?, ice que no quie que me suelte, porque ice que si me suelto iría mu lejos. *(Rie estúpidamente.)*

TÍA BARULLO.—¡Caray!

MICAELA.—Porque sé una jota, que la bailo, ¿sabe usté?, y acabo con un revoleo que me se ve hasta el atao e las medias. Mire usté. *(Lo hace tarareando una jota.)*

TÍA BARULLO.—¡Oye, pues no está mal! Y ven conmigo, que pue que me sirvas.

MICAELA.—No se fíe usté de las tontas, ¡que damos ca chasco!...

TÍA BARULLO.—¡Ya, ya!... Lo malo tuyo...

MICAELA.—¿Qué es?...

TÍA BARULLO.—Que ties unos ojos tan pequeños que miras a un grano e trigo y no lo ves entero.

MICAELA.—Es que yo, lo que no abarco de una, lo miro en veces. *(Vase.)*

TÍA BARULLO.—¡Pero qué resalada es esta tonta!

ESCENA XII

DON ONOFRE y SINDO, que entran riéndose por el foro.

DON ONOFRE.—*(Acongojado, jadeante, nervioso.)* ¡Pasa, Sindo; pasa, hijo, pasa!

SINDO.—Pero ¿qué sucede, don Onofre, que me trae usté a galope?

DON ONOFRE.—Necesito hablarte a solas... Cosa urgente y grave..., ¡gravísima!

SINDO.—Si yo me asustara de algo, m'asustaría.

DON ONOFRE.—No; no digo yo que sea p'asustarse, Sindo... Pero, vamos...; es como para caerse al suelo con una alferecía, la verdá. ¡Yo estoy horrorizao, indignao, aterrao!

SINDO.—Usté dirá.

DON ONOFRE.—*(Con misterio.)* Acaban de llegar

al pueblo tus hermanos... ¡Tus her... ma... nos!... ¿Has oído?

SINDO.—¿Mis hermanos?... ¡Chocante!... Pero, bien veníos, que a su casa vienen.

DON ONOFRE.—Los ha llamao don Elías, ese usurero que os arruinó y que debía estar en los infiernos.

SINDO.—Déjelo usté aquí. Too es útil. Daño hace la espuela, pero arrea el caballo.

DON ONOFRE.—Ha visto que con tu trabajo vuelve a tu casa la fortuna, y quiere llevársela de nuevo.

SINDO.—Malo, sabía que era; tonto, no. ¡Y si ha pensao eso!...

DON ONOFRE.—No lo tomes así, que ha tramao que tus hermanos te armen un pleito.

SINDO.—¡Hombre, me gustaría! Nunca los tuve. Debe ser una cosa entretenía.

DON ONOFRE.—Les ha dicho que mientras en estos tres años ellos están en la miseria, tú, aprovechándote de lo suyo, te estás haciendo rico.

SINDO.—Así es.

DON ONOFRE.—Y van a pedir una intervención judicial pa compartir contigo la administración de los bienes de tu padre.

SINDO.—Es justo.

DON ONOFRE.—¿Estás loco?

SINDO.—¿Yo?... ¡Ellos..., que creen que puen administrar lo que han tirao! Pero, en fin, si traen enmienda... y quien ayudame...

DON ONOFRE.—¡Quia!... El propósito de don Elías es que vuelvan a intervenir ellos, porque los conoce, para que empiecen otra vez los apuros, las trampas, los préstamos..., y, al remate..., volveros a hundir en la ruina.

SINDO.—Don Onofre: se junta el cielo con la tierra que no querrán, por lo incómodo que sería; se güelve dulce el agua del mar, que también sería desagradable, porque es lo único verdaderamente salao que tenemos en el mundo, y todo eso quizá, que pudiera ocurrir. Pero que nadie estorbe mi obra, que tantas lágrimas y tanto dolor me

cuestan, para bien de mi padre y..., arrime usté el oído..., ¡y de mis hermanos!...; lo digo bajito por si están cerca y me oyen, que no les dé vergüenza... ¡Y eso no lo logra nadie! ¡No, no y no! Y ya sabe usté que mis «nos» son una cosa seria; con dos enes y dos os.

DON ONOFRE.—Pero ¿qué vas a hacer? Ellos traen abogaos, traen papeles...

SINDO.—Pues yo, ni abogaos, ni papeles. Así pelearé más suelto. El amparo de Dios y mi razón. Naa más. Y basta. *(Mira el reloj.)* Que llevamos tres menutos hablando de esto y no lo vale.

DON ONOFRE.—Pero ¿es que no te preocupa el propósito de ese usurero?

SINDO.—Ni tanto así. *(Señala una punta de dedo.)*

DON ONOFRE.—¡Calla, que oigo hablar! ¿Serán ellos?

SINDO.—¡Ojalá fueran!

DON ONOFRE.—*(Sale y mira.)* ¡Ellos son!... ¡Y con don Elías!

SINDO.—Pues nosotros, a enterar a mi padre.

DON ONOFRE.—¡Canalla! ¡Bandido! ¡Miserable! ¡Asesino!...

SINDO.—Silencio. Atese usté el cordón del zapato, no se lo pise, que podía usté dar un tropezón, y no digo yo lisiarse, pero, vamos, rompese el cranio. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

GONZALO y JUAN MANUEL, por el foro, con DON ELÍAS.

DON ELÍAS.—*(Mira y entra.)* Nadie. Adelante. Cautela..., y ya sabéis lo que os he dicho: ¡serenos, pero intransigentes!

GONZALO.—*(Con admiración.)* ¡Es increíble! ¡La casa está reconstruída! ¿Has visto?

JUAN MANUEL.—*(Idem.)* ¡Todos los campos en producción!

GONZALO.—¡Rebaños lucidísimos..., numerosos!
JUAN MANUEL.—¡Grano, aceituna, vino!...
GONZALO.—¡Y todo, ese bichejo!
JUAN MANUEL.—¡Con qué poco hace Dios las cosas!
DON ELÍAS.—Ya os lo decía yo, hijitos... Vosotros en la miseria, ¡pobrecitos!, y él, en la abundancia. ¡Claro, hijitos!; con lo de otros, ¿quién no prospera?
GONZALO.—¿Y dice usté que ha pagao...?
DON ELÍAS.—Hasta el último céntimo. Le quedan dos o tres hipotequitas de nada. Por eso yo, compadecido de vuestra situación, os avisé para que vinierais a intervenir, antes que se alce con todo y os deje en la calle... Porque es un bicho... ¡Pero qué bicho, hijitos!
JUAN MANUEL.—¿Y usté le ha pedido para nosotros?
DON ELÍAS.—Y exagerando la penuria, hijitos...
GONZALO.—¡Pues ahora veremos si se atreve a negarnos lo nuestro!
JUAN MANUEL.—¡Porque todo esto es nuestro!
DON ELÍAS.—¡Pues claro! ¡Le quitais el poder, me lo dais a mí! Yo os señalo, por de pronto, una pequeña rentita. ¡Pequeña, claro, porque las cosas!... Pero el caso es que vayáis viviendo. Y luego se deduce..., con un pequeño tantito por ciento..., nada. Porque así no podéis seguir. El, dueño de todo esto, y vosotros... ¿Qué porvenir es el vuestro?... El hambre, el hospitalillo..., el campo santito... ¡Una infamia, hijitos! Era para... Pero no me hagáis caso.
GONZALO.—¡No hemos de hacerle!... ¡Yo estoy deseando echármelo a la cara!
JUAN MANUEL.—Yo no salgo de aquí sin que mi padre revoque el poder y usté se encargue de lo nuestro. ¡Sea como sea!
DON ELÍAS.—¡Ahora has dao en el clavito!
GONZALO.—O vamos al pleito.
DON ELÍAS.—¡Ahí le duele!
GONZALO.—Y pensar que ese idiota..., ¡porque es un idiota!

DON ELÍAS.—No fiaros, que la maldad le ha hecho muy listo.

DON GONZALO.—¿Listo aquel idiota?...

DON ELÍAS.—¡Callarse! Ahí está. Nada de atropellarlo ni agredirlo... Lo merece, claro... Pero ¡calmita, calmita!...

ESCENA XIV

DICHOS y SINDO.

SINDO.—*(Saliendo. Aparte.)* ¿Dicen que idiota?... ¡Pues idiota! *(Fingiendo una semiidiotez.)* ¡Caramba! ¿Vosotros? Pero ¿qué es esto?... Tú por aquí.... y tú por aquí... ¿Y usted con ellos?...

DON ELÍAS.—¡Con ellos! ¿Te habrá sorprendido?

SINDO.—Sí, pero poco..., poquito.

DON ELÍAS.—Claro, hijito; pero es que necesitan una persona que los defienda.

SINDO.—Pero usté ¿es guardia civil?

DON ELÍAS.—¡Poco menos, hijito!

SINDO.—¡Como no se le ve a usté el tricornio!... ¡Caramba! Ya era hora que vinierais a echarme una manita.

JUAN MANUEL.—¡A echarte una manita al cuello, miserable! *(Lo hace.)*

SINDO.—¿A mí?

GONZALO.—¡A ti!

SINDO.—*(Se aparta violentamente, fingiendo terror.)* Pero ¿no ve usté, hijito?... ¡Querían ahogame!... Y esta ira, ¿qué es?... ¿Qué usté s'ha prestao?... Porque este anciano, cuando no tie que prestar, se presta él mismo. ¿Qué es esto?

GONZALO.—Esto es que ha llegado nuestra hora.

SINDO.—¿Vuestra hora?... ¡Qué raro! ¡Si no son más que las siete, y nunca habéis madrugao!

JUAN MANUEL.—Venimos a ajustarte las cuentas.

SINDO.—¿A mí?... ¡Pero si yo no sé de cuentas! ¡Pobrecito e mí!...

JUAN MANUEL.—Bueno; basta de hacerse el idiota.

DON ELÍAS.—Conocen tus mañas.

GONZALO.—Venimos a exigirte la entrega inmediata de lo nuestro.

SINDO.—¿Y quién dice que no?... Güeno; pos llevároslo too: la casa, los campos, los rebaños, las cosechas, los bueyes, las mulas, los araos, las trilladoras... Cogerlo too; que os lo envuelva este señor bien envueltito, y a Madrid con ello..., porque aquí no hay más fortuna que eso.

JUAN MANUEL.—Basta de triquiñuelas.

GONZALO.—¡Dinero, dinero!

DON ELÍAS.—Esto se valora y...

SINDO.—Pero ¿lo que queréis es dinero?...

LOS DOS.—¡Dinero, dinero!

SINDO.—Güeno, pues ¡dinero! A too me conformo. Os voy a dar una fortuna a cada uno, pa que veáis. Un millón pa ti, otro millón pa ti... *(A Don Elías.)* Y pa usté ni una perra, como no esté rabiosa. ¡Je, je! *(Ríe.)*

GONZALO.—¿Qué dice este necio?

JUAN MANUEL.—¿Qué nueva estupidez?...

SINDO.—Calma, calma, y oirme. ¿Veis esto que os maravilla?: la casa, reconstruída; las deudas, pagás; los graneros, llenos; las bodegas, que rezuman, pues too esto lo he hecho yo, ¡yo! ¿Y sabéis con qué?... Pues con una varita e virtudes: aquí la tengo. *(La saca de la faja.)* Pequeñita, blanca, recta..., ¡más bonita!... Mirarla. *(Se la enseña. Bajito.)* Me la dió el Niño Jesús un día que me vió llorar sobre las ruinas de mi casa..., y digo de mi casa, porque ya había venido la miseria y vosotros me dejasteis solo, con mi padre enfermo y la tierra seca..., ¡y sin la única ilusión de mi vida!

DON ELÍAS.—Bueno; no estamos pa cuentos de niños...

SINDO.—Oigalo usté todo, que es también pa personas mayores.

GONZALO.—*(Burlón.)* Pero ¿la varita de virtudes es de esas que dices: «Necesito mil duros», y te los encuentras en el bolsillo?

SINDO.—Esas eran las antiguas. De esas ya no quedan: se han acabao.

GONZALO.—Pues si no es así, no la queremos.

SINDO.—No despreciarla, que es la fortuna, creedme a mí... Claro que, para que valga, hace falta ser una persona honrada. *(A Don Elías.)* A usté no le sirve. Pero veréis en qué cosa tan sencilla consiste su virtud. ¡Una noche (ésta, la de mañana, cualquiera) sus la ponéis debajo e la almohada, y de que amanezca, antes que salga el sol tie que ser, porque es su primera claridá la que la da virtú, te levantas, coges la varita y andas con ella durante unas horas por tus campos, dando a tus labriegos ejemplo de trabajo y de interés; luego vas con ella a tus eras, a tus lagares, a tus establos, pa que tus ganaos oigan el cariño de tu voz, y los que lo cuidan, palabras de gratitú y d'aliento; la llevas después por los regatos donde se escucha largamente el correr del agua que riega tus huertas, y dimpués esperas, con ella en la mano, a que la dé el último rayo e sol que pega en las bardas de tus corrales, mientras hombres y ganaos se retiran al descanso. Luego, andas tranquilo a buscar el pan e la cena. Vas después, si te place, a cantar con los mozos una copla de amor honesto al remate, a esperar en sueño tranquilo el día nuevo, dándola un beso antes de dormir y diciendo con fervor y gratitú a Jesús, que te la dió: «Padre nuestro, que estás en los cielos...», y diquiá a mañana, y cierras los ojos y te duermes. Y al otro día igual, y al otro, y al otro...

GONZALO.—Veo que, además de idiota, eres un farsante peligroso.

JUAN MANUEL.—Pero con nosotros no te vale.

GONZALO.—Venimos por lo nuestro y no nos vamos sin ello.

DON ELÍAS.—Y te reclaman (hay que decírselo de una vez, papeles cantan) diez mil pesetas cada uno que les corresponden por los beneficios de este año. Aquí está. *(Con un papel en la mano.)* Trigo y aceite vendidos, dos mil novecientas cuarenta; lana y vino, tres mil cuatrocientas, y...

GONZALO.—Te ha salido un tenedor.

SINDO.—¡Pero con púas..., ya lo veo! *(Revisa los papeles.)* ¿Y dice usté que hay que dales a mis hermanos diez mil pesetas a cada uno?

ELÍAS.—Eso quieren de ti.

SINDO.—Conforme; pero hay un pequeño error en la cuenta.

ELÍAS.—¿Cuál?

SINDO.—Que no soy yo, sino usté, el que se las tie que dar.

ELÍAS.—*(Estupefacto.)* ¿Yo?...

SINDO.—¡Usté!... *(Saca unos papeles del bolsillo. Los muestra.)* Papeles cantan. Oído, hermanos. Este hijito ha cobrao a nuestro padre, por un débito de veinticinco mil pesetas, a eso que icen interés compuesto, la bonita suma de... ¡ochenta mil!

GONZALO.—¿Cómo? ¿Ochenta mil pesetas?... ¿Usté?... ¿A nuestro padre?

JUAN MANUEL.—¿De interés?... ¿Por veinticinco mil?... ¡Qué horror! Pero ¿es posible?

ELÍAS.—¡No lo creáis!

SINDO.—¡Papeles cantan! Mirar los recibos firmaos por él..., ¡mirarlos! Es decir, que ha cobrao cincuenta y cinco mil pesetas más de la suma prestá. ¡Y dice este idiota (yo) que aquellos cinco mil duros, al interés anual del veinte por ciento, que ya es una meaja d'interés, hubián redituao en los tres años quince mil pesetas... De mo y manera, que la diferencia de lo que le hemos pagao de más, que son cuarenta mil, pa vosotros. Aquí va la cesión que en favor vuestro hacemos padre y yo... Conque a cobrársela u a denunciale al Juzgao por usura. Y que antes la usura vivía, ahora no. ¡Papeles cantan!

ELÍAS.—¡Pero no hagáis caso a este loco!

GONZALO.—Pero si es cierto lo que dice, ¿cómo vamos a consentir ese robo?

SINDO.—¿Que si es cierto?... ¡Como sumes y multipliques bien, ties que restale... las dos muelas que le quedan, que lo merece, palabra!

JUAN MANUEL.—¡Si eso es verdá, yo le juro!...

SINDO.—¡Apronte, apronte!

ELÍAS.—¡Dejadme en paz, que yo no!... *(Se va.)*
LOS DOS.—¡Sí, señor, sí!... Aquí están los recibos... ¡El dinero!... ¡El dinero!... *(Siguiéndole. Se escucha el alboroto con que se van.)* ¡Canalla! ¡Bandido!

ESCENA XV

SINDO y la TÍA BARULLO; al final, la VOZ de MALENA.

TÍA BARULLO.—*(Saliendo.)* ¿Qué pasa?
SINDO.—Naa. ¡Que han cantao los papeles y los suyos han desafinao!
TÍA BARULLO.—¡Oye, por Dios, no pegarle!... ¡No pegarle tan flojo! ¡Qué listo eres, hijo mío!
SINDO.—¡Que el Hombrecillo se va haciendo un hombre, tía Barullo! Y eso que yo, naa quiero pa mi provecho. Cuando mi casa vuelva a su ser..., ¡pa mi padre y pa ellos!
TÍA BARULLO.—¿Y naa apeteces pa ti?
SINDO.—¿Pa qué me serviría la fortuna?... Ni mujer que la quiera, ni hijos que la disfruten.
TÍA BARULLO.—Y a ti, ¿qué te pasa pa no querer naa del mundo?... ¡Pero ya lo sé yo! Que tu mayor bien lo ties perdío. ¡Aquella chiquilla loca que te se llevó tu hermano!...
SINDO.—El la merecía.
TÍA BARULLO.—No la merecía. El que no quiere, no merece.
SINDO.—Sí, sí... No valen excusas... El, guapo, buen mozo. ¡Un hombre! Y yo...
TÍA BARULLO.—Déjate.
SINDO.—Ese es mi clavo, tía Barullo... ¡Si usté supiera!...
TÍA BARULLO.—¡Hijo mío! ¡No voy a saberlo yo, que tanto te quiero!
SINDO.—Diga usté, tía Barullo, usté que sabe del mundo; dígame usté, por compasión, pero no pa engañarme, como otras veces, sino pa decirme la verdá, verdá. ¿Por qué mis hermanos, que ahora

los estaba yo mirando, han nacío tan cabales... y yo...?

TÍA BARULLO.—¡Pero qué perra ties con eso!...

SINDO.—Porque es lo que yo pienso...: el mismo padre, una madre tan guapa como la suya...

TÍA BARULLO.—¡Más!

SINDO.—Entonces, ¿por qué son como son, y yo...? *(Llora.)*

TÍA BARULLO.—¡Pero si tú eres mejor que ellos!

SINDO.—¡Mentira!

TÍA BARULLO.—Vales mil veces más que ellos.

SINDO.—¡Quia! *(Con gran aflicción.)*

TÍA BARULLO.—¡Te juro que sí!... ¡Y vamos, te voy a decir de una vez, pa que no vivas mortificao, por qué eres como eres!

SINDO.—Sí... ¿Por qué? ¡Dígamelo, por Dios!

TÍA BARULLO.—Pos óyeme. Tu madre se murió una hora después de nacer tú. Era la última hora del día y de su vida. Le pidió al Señor que no se muriera sin darte un beso; y Dios fué en el Cielo al sitio donde están los ángeles y te dijo: «Anda, corre, vete al mundo, date prisa, que tu madre, antes de morir, quiere darte un beso.» Todos los que nacieron aquel día, como no tenían prisa, habían escogío ya lo mejor que encontraron para venir al mundo... Las caras bonitas, los cuerpos hermosos..., y a ti te dejaron lo peor: una espalda torcía, unas piernas cortas, unas manos largas... Pero con tal de llegar, y llegar a tiempo, te conformaste con lo que nadie quiso... ¡Y llegaste al mundo de prisa y tu madre pudo darte el beso que quería antes de morir y decirte: «¡Adiós, hijo mío; que Dios te haga bueno y te bendiga!»

SINDO.—¿De modo que toa esta ruindá ha sío pa que mi madre me diera un beso?

TÍA BARULLO.—¡El único!

SINDO.—¡Pues entonces aquí sí que se puede decir que vale la pena!

TÍA BARULLO.—¡Eres un ángel!

SINDO.—Tía Barullo, eso es un cuento; porque usté es una cuentera. Pero es tan bonito, que me llena el alma de alegría y de consuelo. Déjeme usté

que llore y que le de a usté el beso que no supe darle aquel día a mi madre. *(La besa.)*

TÍA BARULLO.—¡Hijo mío! *(Llorando.)*

SINDO.—Porque el cariño d'usté me consuela de toos los cariños que he perdío por mi fealdá.

TÍA BARULLO.—¡No vuelvas con eso!...

SINDO.—¡Sí, señor, por mi fealdá!... Que si no hubiá sío por ella... (a usté sola se lo digo), aquella voz, aquella alegría, aquellos ojos de aquella moza, con la que tanto soñé, porque sabía que no podía ser pa mí, la hubiá ido a buscar al fin del mundo. ¡Y hubiá dao con ella!

TÍA BARULLO.—¿No l'has olvidao?...

SINDO.—A ella me la quitaron... ¡Su recuerdo, no!... Que cierro los ojos, y en toas partes la veo... Y a veces, a veces...

TÍA BARULLO.—¿A veces, qué?... ¡Pero no hables d'ella que te pones mu nervioso!

SINDO.—¡Dejusté!... ¡Aunque me muera!... Y a veces, muchos días, muchos..., recordando aquellos otros en que me llamaba por broma, pa esconderse y que no la viera, me ha quedao una cosa, que hay instantes que en la soledá y en el silencio el campo me ha parecío que volvía a oír su voz, aquella voz clara, lejana y alegre que me gritaba... *(Se escucha muy lejos la voz de Malena.)*

VOZ DE MALENA.—¡Sindooo!... *(Quedan atónitos.)*

SINDO.—¿Eh?... ¿Qué es esto?

TÍA BARULLO.—¡Ay, madre, calla! *(Vuelve a oírse.)*

VOZ DE MALENA.—¡Sindooo!...

SINDO.—Parece milagro. ¿Oye usté?

TÍA BARULLO.—¿Será ella?... Yo voy a ver. *(Sale corriendo. Vuelve a oírse.)*

VOZ DE MALENA.—¡Sindooo!...

SINDO.—¡Es su voz!... *(Grita como entonces.)* ¿Quién me llama?... ¿Quién me llamaaaa?

ESCENA XVI

SINDO y MALENA.

MALENA.—*(Del campo, que sale corriendo, fatigosa, emocionada.)* ¡Yo te llamo! ¡Yo!

SINDO.—¡Malena!

MALENA.—¡Sindo!... *(Se abrazan.)*

SINDO.—Pero ¿esto no es un sueño?...

MALENA.—Sí, puede que sea un sueño, porque todo es como un sueño en la vida! Sindo, déjame que respire.

SINDO.—¡Si no pueo creerlo! ¿Tú?...

MALENA.—¡Yo! Ya ves, han pasao tres años de aquel día que nos conocimos, que nos hablamos por vez primera...

SINDO.—¡Malena!

MALENA.—¡Qué día aquel tan feliz! ¿Te acuerdas?

SINDO.—¡Y tan triste!

MALENA.—¡Sí, porque luego te peleaste con tu hermano por mi culpa..., ya lo sé!

SINDO.—¡No me recuerdes!...

MALENA.—Y yo me fuí con él, encaprichada y loca... ¡Y te dejé llorando!... Y luego, ¿qué fué mi vida?... ¡Como un castigo! ¡Por unos minutos de felicidá, unos días larguísimos de dolor y desengaños... ¡Too como un sueño, Sindo!

SINDO.—¿Has sío desgraciá?

MALENA.—He querío demasiao pa ser dichosa... ¿Y tú?

SINDO.—Pues yo aquí, firme en mi obligación.

MALENA.—¿Has sío feliz?

SINDO.—He trabajao, que es una manera de ser feliz.

MALENA.—¿Te has acordao de mí?

SINDO.—He trabajao, que es una manera de recordar. He trabajao pa mi padre, pa mis hermanos... Me ha acordao de toos...

MALENA.—¿No has sentío nunca contra mí ira en tu corazón?

SINDO.—¡Nunca! Si no pudieras tú más que tu ira, ¿qué corazón sería el tuyo?

MALENA.—¡Qué alma tienes! ¿Estás contento?

SINDO.—Yo no estoy triste nunca, porque estoy resinao y naa espero.

MALENA.—¿Ni la alegría del bien que haces?

SINDO.—Esa, naa más..., si el bien es agradecío, que qué sabe uno... ¿Y tú?

MALENA.—Ya te he dicho, que he querío con locura a tu hermano.

SINDO.—¿Y él no te quiso?

MALENA.—Lo necesario pa que no pudiá olvidarlo. Tengo un hijo suyo.

SINDO.—¿Un hijo suyo?...

MALENA.—Y he vuelto al pueblo, porque ellos también han venío. Saben que la casa marcha y, en cambio, la vida de ellos es un desastre y necesitan auxilio. Y yo..., yo también he venío a algo de eso. También a pedir, pero pa mi hijo, que si no, no hubiá venido. Que yo nada quiero de ti, porque naa merezco.

ESCENA XVII

DICHOS y la TÍA BARULLO.

TÍA BARULLO.—*(Que sale por el foro, iracunda y excitada.)* Pero nada, nada. ¡Ni tanto así!

SINDO.—¡Tía Barullo!

TÍA BARULLO.—No me quites de decir la verdá, porque yo, si no digo la verdá, no respiro con anchura... ¡Nada mereces!

MALENA.—Ya lo he dicho yo, señora.

TÍA BARULLO.—Porque tú no sabes lo que este infeliz ha sufrío.

SINDO.—Pero ella no tie la culpa. No le dije nunca que la quería.

TÍA BARULLO.—Eso no hace falta decilo.

SINDO.—Ni nunca me lo dijo ella a mí; y aun-

que me lo hubiá dicho..., la simpatía por un desgraciao es lástima, no es amor.

TÍA BARULLO.—Pero cuando se ve a un hombre sufrir por...

MALENA.—Tía Barullo, usté ha vivío más que yo y sabe (porque el vivir enseña) que hay una cosa en la vida que pue más que toos nosotros: la fatalidá. Si no fuera así, ¿quién escoge su desgracia?

TÍA BARULLO.—¡Bah, bah!... ¡Razones de embustería!

SINDO.—¡Tía Barullo!

TÍA BARULLO.—Y encima viene a pedir, que por eso ha llamao...

MALENA.—¡No, señora! Cuando he llamao, ¡lo juro por mi hijo!, he llamao recordando sólo la alegría de aquella mañana que nos conocimos..., el dolor de luego, cuando... *(Llora.)*

SINDO.—¡Basta! ¡No le hagas caso! Y usté, calle, que no quiero olvidar que es como mi madre. Con mi padre hice lo que debía, con mis hermanos haré lo que deba, pero no tan pronto que deshagan mi obra, y por ti y por tu hijo haré lo que haría por mí.

MALENA.—*(Emocionada.)* ¡Sindo!...

TÍA BARULLO.—No hagas caso, que...

SINDO.—¡Tía Barullo, no me estorbe usté la alegría que tengo! Porque ahora ya puedo gritar que la quiero, porque es algo mío, porque es mi hermana..., ¡mi hermana! *(La abraza.)*

MALENA.—¡Eres un alma del cielo!

TÍA BARULLO.—¡Qué hermosura de hijo!

MALENA.—Tía Barullo, ¿me permite usté que le dé un beso?

TÍA BARULLO.—Si se deja...

MALENA.—*(Se lo da.)* Se ha dejao.

TÍA BARULLO.—*(Enternecida.)* Pues..., pues dame a mí otro... ¡Dame a mí otro! *(Se besan.)*

SINDO.—Y ahora sube a ver a mi padre.

MALENA.—¡No, por Dios!

SINDO.—Quiero que sepa que eres su hija, que tie un nieto y la obligación de tu amparo.

MALENA.—Vamos. *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

La TÍA BARULLO y MICAELA.

TÍA BARULLO.—Bueno; a mí es que me dan coraje estas chicas, que la dan a una rabia y luego se las toma simpatía sin querer..., y las quie uno pegar y acaba por besarlas... ¿Será porque una es buena o porque lo son ellas? Yo me hago un lío.

MICAELA.—*(Saliendo. Viene mal pintada y vestida ridículamente, pero en su estilo. Muy corta y con colorines.)* ¿Estoy a su gusto?

TÍA BARULLO.—¡Anda! ¡Ya no m'acordaba de este adefesio!

MICAELA.—Me he arreglao con arreglo a su istruciones.

TÍA BARULLO.—Pero ¿cómo t'han dejao salir de tu casa?

MICAELA.—Porque no estaba mi madre.

TÍA BARULLO.—¿Y tu padre?

MICAELA.—Yo no tengo padre.

TÍA BARULLO.—¿Cómo que no?

MICAELA.—Soy hija de viuda.

TÍA BARULLO.—Pues ese que tú le llamas padre, ¿qué es?

MICAELA.—Tío segundo. Y diga usté, tía Barullo, ¿de eso que m'ha dicho usté que me flirtee con el Sindo, qué hago? ¿Espero a que él me plantee la cosa u voy yo y le doy un beso de primeras, y sea lo que Dios quiera?

TÍA BARULLO.—¡Mía la tonta!... Calla, condená, que salen... Vete, vete.

MICAELA.—¡Que no!

TÍO BARULLO.—¡Pues anda, ven, demonio!... Métete en mi cuarto y no salgas hasta que yo t'avise.

MICAELA.—¡No tarde usté!

TÍA BARULLO.—No; pero si no he vuelto a las doce de la noche t'acuestas. *(La encierra.)*

ESCENA XIX

MALENA, SINDO y DON MARTÍN, saliendo de la casa.

DON MARTÍN.—Nada, hija mía; tú te quedas con nosotros. Traes a tu hijo.

MALENA.—Falta que él me lo deje traer.

DON MARTÍN.—Le convenceremos. Aquí estáis amparaos por mí. La tía Barullo os cuidará. Mi hijo reparará su falta. Se casará contigo. Yo te lo prometo.

MALENA.—No le conocen ustedes. Más que yo le he suplicao... Lo que no hace un amor como el que le he tenío no lo hace nada.

SINDO.—¿Y tu hijo, dónde está?

MALENA.—Está en casa de mi tía Tanasia. Gonzalo no sabe dónde lo tengo. Me horroriza la idea de que me lo quite. Por eso lo dejé allí, oculto...

SINDO.—¡Hay que ir por él en seguida!

ESCENA XX

DICHOS, GONZALO y DON ELÍAS.

GONZALO.—*(Saliendo con Don Elías.)* ¡Ya es tarde!

DON ELÍAS.—¡Buenos días!

SINDO.—¿A qué vuelve usté aquí?

DON ELÍAS.—Ya se irá sabiendo.

GONZALO.—¡Me alegro encontraros juntos, padre!

DON ELÍAS.—¡No te has salío con la tuya, malvado! ¡He convencido a tus hermanos! Me han dao sus poderes. Traigo una providencia del Juzgao.

SINDO.—¡Fuera de mi casa, bandido!

GONZALO.—Y tú eres un farsante, que querías

volvernos contra este hombre con una treta ridícula, pero no lo has conseguido. Y ya veo a esa mujer. ¡Me alegro! ¿Has tomao partido por ellos?

MALENA.—Lo he tomao por mi hijo.

GONZALO.—Puedes quedártela. Te la regalo si la quieres.

MALENA.—¡Miserable! ¡Canalla!

GONZALO.—Siempre has vivido de nuestros desechos.

DON MARTÍN.—Pero ¿puede hablar así un hijo mío?

MALENA.—¡Infame! ¡Miserable! Sindo, saca mi corazón del muladar en que lo eché.

GONZALO.—Que lo saque si puede. Pero lo que no podrá sacar es a tu hijo de mi poder... ¡Que ya lo encontré y me lo llevo!

MALENA.—¡No, Gonzalo, no! ¡Eso, no!... ¡Por Dios, devuélveme mi hijo!

DON ELÍAS.—Lo encontró esta ardilla. ¡Contra una añagaza, otra!

MALENA.—¡Por Dios, mi hijo!... ¡De rodillas te lo pido!... ¡Me iré contigo! ¡Seré tu esclava!... ¡Mátame, si quieres!... ¡Pero mi hijo! ¡Devuélveme mi hijo!

DON MARTÍN.—¡Devuélvele su hijo, miserable!

GONZALO.—Ya hablaremos de las condiciones... ¡Por de pronto, me le llevo!

DON ELÍAS.—Hay un pleito de por medio. El hijo es una prenda de garantía, je, je. Aquí está la providencia. *(Enseña el pliego. La Tía Barullo le detiene por el cuello de la americana.)*

MALENA.—No, por Dios... ¡De rodillas!... ¡Mi hijo!... *(Sale de rodillas cogida a sus piernas.)* ¡Por misericordia!... ¡Mi hijo! *(Se van. Se oye gritar a Malena de un modo desgarrador.)* ¡Sindooo!... ¡Sindooo!...

DON MARTÍN.—¡Ampárala, Sindo!

SINDO.—Yo se lo devolveré aunque tenga que sacarle de las entrañas de la tierra. Porque ahora ya sé quién me llama, padre. *(Malena sigue gritando.)*

MALENA.—¡Sindoo!... ¡Sindoo!...

SINDO.—¡Ya sé quién me llama!... *(Vase corriendo.)*

TÍA BARULLO.—Y a este pelele infame le deshago yo con la providencia y todo. *(Le mete el sombrero hasta los hombros, le vapulea, le destroza la ropa. Le arrastra por el suelo.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del primero. A media tarde. Verano.

ESCENA PRIMERA

El Tío Modorro y la Tía Barullo; después, Don Onofre.

Tío Modorro.—¡Que se lo ties que icir y que se lo ties que icir!

Tía Barullo.—¡Amos, quítate e mi vista, so esgarrao, sinvergüenza!

Tío Modorro.—¡Ten compasión, mujer, que no paeces mi hermana!

Tía Barullo.—¿A ti te paece bonito lo que has hecho?

Tío Modorro.—¡Pero si ha sío sin querer!

Tía Barullo.—¡Que eso paece mentira!... Y a los cincuenta años!

Tío Modorro.—¡Pero mujer, en eso, la edá!

Tía Barullo.—¡Calla, calla!... Si es pa picate, es pa hacete... ¡Amos, yo no sé!

Don Onofre.—*(Entrando por el foro.)* Pero ¿qué pasa? ¿Qué les ocurre? ¡Regañando en domingo!

Tío Modorro.—¡Pa ésta toos los días son martes, don Onofre!

Tía Barullo.—¿Usté ha visto con lo que nos ha salío el camastrón este?

Don Onofre.—¡Ya, ya!... Increíble, Modorro. ¡No se ha dao en el pueblo un caso igual al tuyo en noventa años!

Tío MODORRO.—¡Y yo qué culpa tengo, don Onofre!

TÍA BARULLO.—¿Que no ties culpa?... ¡So ladrón! ¡Quién se lo iba a esperar!... ¡Mistelo: la estampa de la herejía!... Pos se encuentra un día a la Mica en mi cuarto, una meaja pintarrajeá y con dos trapitos nuevos; se enamorisca d'ella, sin ver la diferencia de edá; tien tres años de relaciones, se toman tres frascos d'aceite de bacalao pa fortalecerse, se casan, ¡y el primer parto tres hijos!

DON ONOFRE.—¡Trillizos!

Tío MODORRO.—¿Tri qué?

DON ONOFRE.—Trillizos. ¡Cuando son tres se dice así!

TÍA BARULLO.—¡Las cosas de este bruto! ¡Si too lo hace igual!

DON ONOFRE.—Yo no esperaba eso de ti.

Tío MODORRO.—Ni yo tampoco, don Onofre. ¡Ha sío sin querer!... ¿Qué voy a hacele?

TÍA BARULLO.—¡Y no se le cae la cara e vergüenza!

Tío MODORRO.—Pero ¿qué tie que ver la cara en esas cosas? ¿Verdá usté?

TÍA BARULLO.—¿En qué estarías pensando?

Tío. MODORRO.—¡En uno!... ¡Pero a cualquiera le fallan los cárculos!

TÍA BARULLO.—¿Los cárculos?... ¡Un carcamal como éste!... ¿No es pa matalo?

DON ONOFRE.—Pa matalo, no diré; pero vamos, pa pegarle un tiro en la nuca, desde luego.

TÍA BARULLO.—¡Tres!... ¡Como está la vida!

Tío MODORRO.—¡Yo estoy en que me reforcé con el bacalao!

TÍA BARULLO.—¡Como te compres otro frasco, te ahogo!... ¡Porque vea usté cómo van a vivir con tres a cuestas!

DON ONOFRE.—¡Ya, ya!

TÍA BARULLO.—Y el Sindo va a despachalo. Porque con éstas y las otras, se levanta toos los días a las nueve.

Tío MODORRO.—Porque no me dejan dormir. Tres a llorar, mi mujer a roncar..., y yo, claro..., me

voy a otro cuarto, y como no tengo quien me despierte...

TÍA BARULLO.—¡Esos perjuicios debías haber mirao!... ¡So idiota!

TÍO MODORRO.—Pero ¿dónde se mira eso?

ESCENA II

DICHOS y MICAELA.

MICAELA.—*(Que sale con los tres chicos en brazos y dos biberones, uno en cada mano. Los niños vienen llorando los tres.)* ¡Amos, no le regañe usté, que el pobre no tie la culpa de naa!

TÍA BARULLO.—¡La tendré yo!... *(Señalándola.)* ¡Misté qué cuadro!

MICAELA.—¡Pos mu bonito!

TÍO MODORRO.—¡Tres ángeles!

MICAELA.—¿Tres na más?

TÍO MODORRO.—Güeno, cuatro... ¡Amos, gloria, no te enceles!

TÍA BARULLO.—¡Miste la mema ésta!... ¡Que caa vez que la veo!... ¡Tres de una!

MICAELA.—Tres de dos...: de él y míos... ¡Y a más que yo qué culpa tengo, señora!... ¡El día que la pase a usté, ya verá!

TÍA BARULLO.—¡A mí qué me va a pasar!... ¡Anda d'ahí!... ¡Quitate d'alante!

TÍO MODORRO.—¡Bueno, no la regañes..., que los chicos se asustan!... Trae la niña, porque son dos varoncitos y una hembrilla...

MICAELA.—Qué treceto más mono, ¿verdá usté?

DON ONOFRE.—¿Y se crían bien?

TÍO MODORRO.—Esta le da el pecho a uno, yo al otro..., yo al otro el biberón...

TÍA BARULLO.—Y el tercero espera la vez. ¡Hay que ver el cincueto!

MICAELA.—¡Pero tenemos que llevalo con conformidá, ¿verdá usté?

DON ONOFRE.—¿Y todavía la gustan?

Tío MODORRO.—¡Anda, si es loca por los chicos!

TÍA BARULLO.—Pos encima de too esto, vienen con el conque de que yo le diga al Sindo que les empreste cuarenta duros...

Tío MODORRO.—¡Tenemos que alimentarnos, señor! ¡Son tres los que criamos!...

TÍA BARULLO.—¡Pos güeno está el Sindo de huraño y enfurecío pa andale con esas gromas!... ¡Que no mira a naide, ni quie saber naa de naide!

DON ONOFRE.—¡El pobre tie sus motivos!

Tío MODORRO.—Güeno, pero digo yo que nunca mejor que una caridá pa un caso como este de tresllizos... ¡Que es un caso de armirá!...

TÍA BARULLO.—¡Que no le voy con músicas al Sindo, ea!... Que aluego los sofiones son pa mí... Y largase, no sea que venga y con lo malhumorao que está nos ponga a toos en la calle.

Tío MODORRO.—Güeno. ¡Hala, ámonos..., que tú no eres una hermana, eres una renegá!... ¡Maldita sea mi suerte!

MICAELA.—En vez de compadecenos... *(Rabiosa.)* ¡Pos el próximo tengo otros tres, hale!

Tío MODORRO.—Si, señora; que se fastidien. *(Vase.)*

ESCENA III

La TÍA BARULLO y DON ONOFRE.

TÍA BARULLO.—Pero ¿no oye usté?... ¡Pos güenos estamos aquí pa esas bromas!

DON ONOFRE.—Oye: no creas que tres de un parto es una broma.

TÍA BARULLO.—Quiero icir, entiéndame usté, que no está el Sindo pa pedigüeñerías con la tristeza que tie, que no le ice a naide ni meaja e palabra; y le da usté las güenas tardes y tie un desgusto que ice que para él no hay na güeno.

DON ONOFRE.—Y así es, por desgracia. Cuando más azacanao estaba el Sindo poniendo en pie su casa, el padre, padre al fin, transigió con el

pleito con los hijos y con aquel usurero a condición de que Gonzalo se casara con la Malena y se fueran con el otro hermano a América.

TÍA BARULLO.—¡Amos! ¡Mia que casalo!...

DON ONOFRE.—¿Qué iba a hacer? Si tenían un chico, había que reconocerlo.

TÍA BARULLO.—¡Pa lo que les duró! ¡Angelito! Que apenas llegaron a aquellas tierras se les murió.

DON ONOFRE.—Y este pobre, pues a pelear otra vez con la tierra y a poner de nuevo la casa en pie.

TÍA BARULLO.—Y desde entonces, encerrao en su tristeza. Y aguarde usté..., con una cosa peor: que le ha entrao un coraje tan furioso, que s'ha empeñao en hacese malo... ¡Pero malo de lo pior!

DON ONOFRE.—¿Es posible?...

TÍA BARULLO.—Y m'ha dao a mí el encargo de que no le deje ser güeno. ¡Miste que la comisión!...

DON ONOFRE.—Pos a mí me habla lo preciso y naa más. «Que sí, señor; que no, señor»...

TÍA BARULLO.—¿Lo ve usté?... ¡Qué perdición de mujer aquella, don Onofre!... Pasan los años y no la olvida. ¿Por qué no la cambiaría Dios los pasos y tomaría otro rumbo?

DON ONOFRE.—Porque Dios quiso salvar esta casa. Sin ella, mala o buena, Sindo no hubiera hecho lo que ha hecho. Aquella pasión triste le dió esta fuerza para que él viva para el trabajo.

TÍA BARULLO.—Pero ¿de qué ha servío?... La casa se ha salvao. Aquí hay dinero en abundancia... Pero ¿ande está la alegría, que es la salsa del vivir?

DON ONOFRE.—¡Sí, señora, sí!

TÍA BARULLO.—¿Y sabe usté desde cuándo se ha emperrao más el Sindo en su tristeza? Pos desde que don Martín, al saber la muerte de su hijo Gonzalo, que siguiendo su mala vida murió en la Argentina, quiso traerse a la Malena, y a pesar de tantas cartas y averiguaciones pa lograrlo no pudo dar con ella.

DON ONOFRE.—El Sindo, pa mí, cree que la Ma-

lena se ha vuelto a casar o que quizá algún amorío...

TÍA BARULLO.—Yo también estoy en ello.

DON ONOFRE.—¡Silencio! ¡El Sindo! ¡Vaya tristeza que trae!

TÍA BARULLO.—Pues hoy es de los días que viene más risueño.

ESCENA IV

DICHOS y SINDO, que entra por el foro, huraño, cejijunto, triste. Los ve y hace un gesto que no se sabe si es de saludo. Se quita el sombrero. Se limpia el sudor. Bebe un trago de un botijillo que descuelga de la morera.

DON ONOFRE.—*(Al ver que no habla.)* ¡Güenas, hombre!

SINDO.—Güenas.

DON ONOFRE.—De dar un paseíllo, ¿no?

SINDO.—Sí, señor. *(Pausa.)*

TÍA BARULLO.—¿Te hago un poco e merienda?

SINDO.—Güeno.

TÍA BARULLO.—¿Te saco media perdiz que me ha quedao?...

SINDO.—Güeno.

TÍA BARULLO.—¿O prefieres una magrita e jamón que tengo guardá?...

SINDO.—Güeno.

DON ONOFRE.—Y qué, Sindo, ¿vas a venir algún día al Casino a echar una partitida e tute?

SINDO.—Sí, señor.

DON ONOFRE.—O si te molesta el tute, podemos...

SINDO.—No, señor.

DON ONOFRE.—Le diremos a don Remi que nos haga el tercero, ¿te parece?

SINDO.—Sí, señor.

DON ONOFRE.—¿O si prefieres a don Bruno, que es más chancero?

SINDO.—No, señor.

TÍA BARULLO.—Oye, ¿te gustaría más una tortillita e patata?

SINDO.—Güeno.
TÍA BARULLO.—¿Le pongo una mijita e cebolla?
SINDO.—Güeno.
DON ONOFRE.—Entonces, ¿te esperamos el sábado?
SINDO.—Sí, señor.
DON ONOFRE.—Pero no vayas a faltar...
SINDO.—No, señor.
DON ONOFRE.—Porque ya sabes lo formal que es don Remi.
SINDO.—Sí, señor.
TÍA BARULLO.—¿Te saco un poco de uva?
SINDO.—Güeno.
DON ONOFRE.—¿Y no me necesitas pa na?
SINDO.—No, señor.
DON ONOFRE.—Entonces, ¿me marcho?
SINDO.—Sí, señor...; digo, no, señor. Güeno, lo que usté quiera. Con Dios y perdón, que no estoy en lo que digo. *(Vase izquierda. Se quedan Tía Barullo y Don Onofre cara a cara, mirándose entre compasivos y molestos.)*
TÍA BARULLO.—¿Usté ha visto cosa igual?
DON ONOFRE.—No, señora.
TÍA BARULLO.—¿No es esto una esesperación?
DON ONOFRE.—Sí, señora.
TÍA BARULLO.—¡Es que me arrancaría los pelos!
DON ONOFRE.—Güeno. *(Vase.)*

ESCENA V

DICHOS, menos DON ONOFRE.

TÍA BARULLO.—¡Qué güeno!... Malo y rematadamente malo. Que yo le quiero con toa mi alma y no le dejo consumise en esta locura. ¡Aunque tengamos que peganos!... ¡No le dejo! ¡Ahora verás!... Y si me echa a la calle, con no irme, apañao... ¡Que se vaya él!... *(Llamando.)* ¡Sindo!...
SINDO.—*(Sale.)* ¿Qué quiere usté?
TÍA BARULLO.—Pues quiero, que no quiero... Pero

¡si ya no sé lo que quiero, que nos ties locos a toos!

SINDO.—¡Déjenme en paz!

TÍA BARULLO.—¡Si fuera en paz!... ¡Pero no es pa vivir esgarrándose el corazón, solo, refunfuñando con too el que te s'arrima y con la manía que t'ha cogío últimamente de hacerte malo pa too el mundo!...

SINDO.—*(Con gran acritud.)* Pues sí, señora. ¡Malo!

TÍA BARULLO.—¡Malo tú, que siempre has sío un ángel!

SINDO.—¡Nunca lo fuí, pero ahora menos!

TÍA BARULLO.—¡Siempre lo serás!

SINDO.—¡No, señora!... ¡No lo seré! ¡No quiero ser bueno! *(Se va exaltando.)* ¡Y tengo razón! ¡Y Dios me dará fuerzas para no serlo!

TÍA BARULLO.—¿Dios?... ¿Fuerzas pa eso?... ¡Calla, calla, que me da pena oírte!

SINDO.—¿Y no le da a usté pena de verme? ¿Cómo me ha visto usté siempre?... Aporreao por la vida... ¡Un desecho de hombre!... De pequeño, burlao y escarnecío..., que ni a la escuela pude ir, porque los chicos me maltrataban; de joven, lleno de dolor y de desprecio, que no tuve nunca moza ni amigo que quisián mi compañía, y ¡hasta en mi casa se avergonzaban de mí, que no venía visita que no me escondieran! Y de hombre, ¿qué? ¡Trabajo duro, sacrificio amargo! ¡Sin una ilusión ni una esperanza de naa! ¿Qué voy yo a querer a nadie? ¿Qué le voy yo a dar a nadie, si nadie me ha hecho bien? ¡No quiero ser bueno! ¡Quiero ser como ha sío la vida pa mí! Duro, cruel, despiadado. ¡Malo! ¡Malo!

TÍA BARULLO.—¡Cálmate, por Dios, hijo; cálmate!

SINDO.—¡No quiero ser bueno, no quiero!

ESCENA VI

DICHOS y POLVORILLA.

POLVORILLA.—*(Por el foro. Sin pasar de la puerta. Pausa.)* ¡A las güenas tardes!

SINDO.—¿Quién es?

TÍA BARULLO.—Polvorilla.

SINDO.—¿Qué quiere ése?

TÍA BARULLO.—No sé. Me feguro que vendrá a hablate.

SINDO.—No quio ver a naide.

TÍA BARULLO.—Esta mañana ha venío, pero como tú estás así..., no he querío icite na.

SINDO.—¡Bien hecho!

TÍA BARULLO.—Es que tie la madre enferma, ¿sabes? Lleva un mes, la pobre. Tien cansao al boticario... Carecen de too. No sé cómo s'apañará pa alimentala...

SINDO.—¡Que no quio saber na de naide he dicho!

TÍA BARULLO.—Que si pudiás adelantale veinte duros.

SINDO.—¡No!

TÍA BARULLO.—Güeno, ya lo oyes. Acércate tú y se lo ices, si quieres.

SINDO.—*(Aparte.)* Como me deje usté sacar un duro del bolsillo, por éstas que se va usté a la calle.

TÍA BARULLO.—Yo, lo que tú me mandes, hijo.

POLVORILLA.—Con premiso.

SINDO.—*(A Polvorilla.)* ¡Alante!

POLVORILLA.—*(Humilde y triste.)* Amo...

SINDO.—¿Qué?

POLVORILLA.—¡Ya sabrá usté!... Mi madre..., hace un mes... Está mu malamente, la probe...

SINDO.—¿Qué tiene?

POLVORILLA.—No lo sabemos.

SINDO.—¿Y el médico?

POLVORILLA.—Tampoco.

SINDO.—Me lo figuraba. ¿Y qué?
POLVORILLA.—Si usté me pudiá favorecer...
SINDO.—No puedo.
POLVORILLA.—Son veinte duros naa más... Ya los desquitaríamos... Es mi madre... Dispense usté que haiga venío..., pero la veo sufrir, y uno..., pos no tie ande volverse, y... *(Llora calladamente.)*
SINDO.—*(Enternecido, vacilante, venciendo una resistencia propuesta, va a echarse mano al bolsillo, pero la Tía Barullo le detiene la mano.)* ¡No!
POLVORILLA.—Usté no sabe lo que es la miseria, y ver en la cama, paeciendo, lo que uno más quiere... *(Vuelven Sindo y la Tía Barullo al juego de antes: él, a querer sacar dinero, y ella, a no dejarle.)* Llora uno, que no debía llorar, porque uno es hombre; pero una madre... *(Lucha Sindo con la Tía Barullo, que no le deja sacar el dinero, pero se resuelve, por fin, con ademán enérgico, y le aparta la mano.)*
TÍA BARULLO.—¡No!...
SINDO.—Sí... Déjeme usté. *(Saca el dinero y se lo da a Polvorilla.)* ¡Toma!... *(Llora.)* Que ya veo que no tengo ni el consuelo de ser malo. ¡No lo tengo! *(Desesperado.)* ¡Maldita sea esta mano que no sabe...!
POLVORILLA.—*(Le coge la mano y la besa efusivamente.)* ¡Déjemela usté!... ¡Bendita sea!... ¡Bendita sea!... *(Se va llorando.)*

ESCENA VII

La TÍA BARULLO y SINDO; después, el TÍO MODORRO y MICAELA.

SINDO.—¡No!... ¡No!...
TÍA BARULLO.—¡Y bendita sea tu alma y tu vida!
SINDO.—*(Enfurecido.)* ¡Usté tie la culpa!
TÍA BARULLO.—*(Asustada de los gritos.)* ¿Yo?
SINDO.—Usté, que me pone la gente delante. ¡A la calle!

TÍA BARULLO.—¡Pero hijo, si yo!...

SINDO.—¡A la calle en seguida!

TÍO MODORRO.—*(Saliendo tímidamente, seguido de la Micaela y los tres chicos. Uno lo lleva Modorro y dos la madre.)* ¡Guas!...

MICAELA.—¡Guas tardes!

TÍA BARULLO.—¡Mi madre!... ¡El cincueto!... ¡Ahora es ella!

SINDO.—Y éstos, ¿qué quieren?

TÍA BARULLO.—Yo no sé... Creo que cuarenta duros...

TÍO MODORRO.—¿Premiso?

TÍA BARULLO.—*(Aparte.)* Estos la pagan.

SINDO.—¿Qué hay?

TÍO MODORRO.—Pues ya lo ves... ¡La maternidá en brazos! Sindo... *(Se quita la gorra. Se rasca. Aparte.)* No sé por ande empezale.

MICAELA.—*(Aparte.)* Pídele cuarentá duros, que le cogemos en buenas.

TÍO MODORRO.—Pues venía a icite...

SINDO.—A mí no me tie usté que icir naa...

TÍO MODORRO.—¡Hombre, a un grillo se le oye..., cuanti más a presonas que tien de qué se les compadezga!...

SINDO.—¡No quio compadeceme de naa!

TÍO MODORRO.—¡Pero hombre! D'un caso como éste, que le vienen a uno tres de una..., que ha salío hasta en los diarios... Que pues leerlo. «Caso insolito...» Que me ha chocao, porque ice «insolito» y son tres... Cuéntalos.

SINDO.—¿Y yo qué culpa tengo?

TÍO MODORRO.—Ni yo... Que si yo hubiá hecho algo raro... Pero mi obligación y nada más, pues creeme.

SINDO.—¡Quítese usté de mi vista!

TÍO MODORRO.—¡Hombre, ten esa caridá!

MICAELA.—*(Aparte.)* Pídele diez na más.

TÍO MODORRO.—Sindo, tú eres mu güeno.

SINDO.—¡Ni lo soy, ni quio serlo!

TÍO MODORRO.—Güeno, dispensa; pero aunque no lo seas, ante un caso tan desesperao..., y que encima le coge a uno a la vejez...

SINDO.—¡Habelo mirao!

Tío MODORRO.—Pero ¿por ande se mira eso?

MICAELA.—*(Aparte.)* Pídele cinco.

Tío MODORRO.—Siquiera... diez pesetas. *(Aparte, a Micaela.)* No está pa más.

SINDO.—¡Que no!...

MICAELA.—¡Hágalo usté por mí, que soy una mujer!

SINDO.—¿Una mujer?... ¡Una coneja!

Tío MODORRO.—¿Y qué culpa tien estos tres gazapos..., digo, estos tres ángeles?

SINDO.—¡Que no quio ver a naide, he dicho!

Tío MODORRO.—*(Indignado.)* ¡Güeno!... ¡Hijos míos ámonos a llorar la ingratitú d'un amo descastao, que sus priva hasta del biberón, hijos míos!... ¡Llorar, pero más fuerte! *(Los chicos berrean. Vanse.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos MICAELA y el Tío MODORRO.

SINDO.—*(A la Tía Barullo.)* Güeno; cuando callen les da usté los cuarenta duros, pero como les diga usté que es cosa mía, va usté a llorar más que ellos. *(Vase.)*

ESCENA IX

La Tía BARULLO; luego, DON ONOFRE; después, DON MARTÍN.

Tía BARULLO.—¡Dios te bendiga! Que al remate son sangre de mi sangre. ¡Naa, que no servimos pa malos!... ¡Gracias que los hay a docenas!

DON ONOFRE.—*(Se asoma.)* ¿Sola?...

Tía BARULLO.—¿Qué ocurre?

DON ONOFRE.—Que al llegar me han dicho en casa que don Martín me ha mandao un recao ur-

gentísimo pa que viniera esta tarde. ¿Pa qué? ¿No sabe?

TÍA BARULLO.—¡Qué sé yo! ¡No me han dicho naa!

DON ONOFRE.—A mí me ha alarmao.

TÍA BARULLO.—¡Es pa alarmar!... Porque don Martín entavía está más recomío que el hijo, de tristeza y de pena, y tampoco quie ver a nadie.

DON ONOFRE.—Como que el otro día, al saludarlo, le dije: «Que los tengas muy felices...», y se echó a llorar con una congoja, que si no le doy agua se ahoga. Ya está ahí.

TÍA BARULLO.—Verá usté qué pena de hombre. ¡Qué llorar!

DON MARTÍN.—*(Saliendo de la casa, contentisisimo, radiante de alegría, riendo locamente.)* ¡Onofre! ¿Tú?... ¡Ven a mis brazos! *(Le abraza.)* ¡Ay, qué alegría tengo!... ¡Qué alegría!

TÍA BARULLO.—¿Alegría?

DON ONOFRE.—Pero Martín, ¿qué te pasa?

DON MARTÍN.—¡Tú no sabes! Ven... ¡Ven a mis brazos! *(Otro abrazo.)*

TÍA BARULLO.—*(Asustada.)* ¡Pero, señor!...

DON MARTÍN.—¡Ay tía Barullo! ¡Ven tú también, abrázame! ¡Deja que te bese!

TÍA BARULLO.—¡Ay, que s'ha vuelto loco!

DON MARTÍN.—¡Sí, loco de contento! ¡Onofre de mi alma! ¡Otro abrazo! *(Se lo da.)* Y tú otro beso. *(Besa a la tía Barullo.)*

TÍA BARULLO.—¡La primera vez en cuarenta años!

DON ONOFRE.—¡Pero Martín!...

DON MARTÍN.—Ven conmigo y te alegrarás conmigo, y gritarás conmigo... ¡Pero bajito! ¡Ven! ¡Verás qué sorpresa!

TÍA BARULLO.—¡Está gravísimo! *(Martín se lleva a rastras a Don Onofre.)* ¡Seis besos! ¡Y qué besos!... ¡Amos, yo no tengo mucha experencia de eso, pero vamos!... Yo voy a subir a ver... ¡Un día que lo pillamos contento, que se explaye el hombre!... *(Va a meterse corriendo en la casa.)*

ESCENA X

La Tía Barullo; luego, el Tío Modorro y Micaela.

Tío Modorro.—*(Saliendo seguido de la Micaela y los trillizos.)* ¡No huyas, mala pécora!

Tía Barullo.—¡Déjame en paz, que voy a una cosa urgente!

Micaela.—Sí, señora, que ha tenío usté entrañas pa quitale al amo intinción de que nos iciá una limosna.

Tía Barullo.—¡A callase!... Que ese amo despiadao, de que os habéis ido, m'ha dao cuarenta duros pa vosotros.

Tío Modorro.—¡Mi madre! ¡Cuarenta!

Micaela.—¡Qué gusto!

Tía Barullo.—Ahora que m'ha dicho el Sindo que no os diga que es cosa suya; conque chitón, ¡que los perdiais!

Tío Modorro.—Descuida. ¡No nos conoces! *(Saca una cartera muy vieja y los guarda, y le da veinte vueltas a la cinta que la ata.)*

Micaela.—*(A los niños.)* ¡Y vosotros, ni una palabra!

Tía Barullo.—Oye, pero ¿vas a jugar al peón?

Tío Modorro.—¡Es pa que no se me pierdan!

Tía Barullo.—Güeno, hale. ¡Que yo voy a subir, que me corre prisa, a ver si toavía está d'humor! *(Vase corriendo.)*

ESCENA XI

Dichos, menos la Tía Barullo; después, Sindo y Don Martín.

Sindo.—*(Por donde hizo mutis.)* ¿Otra vez aquí?

Tío Modorro.—¡Sindo..., hazte cargo!... Son tres hijos de mi alma y de la de ésta. *(Lloran.)*

Sindo.—¿No os ha dao nada? *(Micaela hace a Modorro un gesto de inteligencia.)*

Tío MODORRO.—Ni las güenas tardes.

SINDO.—*(Aparte.)* No m'habrá entendido. *(Alto.)* ¡Bueno! ¡Ahí va! Socorreros. ¡Y a la calle!... Pero como le digáis a alguien que os he dao un céntimo, no volvéis a comer el pan de mi casa... Ni a la tía Barullo, ni a naide... ¡Largo d'aquí!

Tío MODORRO.—Gracias, Sindo. *(Aparece Don Martín.)*

SINDO.—¡A callar!... ¡Mi padre!... *(Como aparte.)* Ya sabéis: ni una palabra. *(Alto.)* ¡Conque, largo!... Y no volváis a venir con pedigüeñerías, ni con músicas... ¡Hale!

Tío MODORRO.—¡Hombre, yo creía que una caridá!...

SINDO.—¡Ni una ni media!

MICAELA.—¡Qué gente más mala hay en este mundo, don Martín!

DON MARTÍN.—¿No os dao nada?

Tío MODORRO.—¡No ha querío!

MICAELA.—¡Con la desgracia que una tiene!

DON MARTÍN.—No le llames desgracia a la voluntá e Dios. Tomar. Remediaros. *(Les da.)* ¡El no os da; yo, sí!

SINDO.—Yo, no. Ni usté debe dales... Devolverle el...

DON MARTÍN.—¡Basta! ¡Que me da pena oírte!

Tío MODORRO.—¡Y a mí! ¡Qué corazón más duro! ¿Verdá usté?

DON MARTÍN.—Déjame que los socorra.

SINDO.—No hace falta que les dé usté naa. ¡Fuera, granujas!

DON MARTÍN.—¡Parece mentira, tú, tan bueno!

Tío MODORRO.—¡Ensañarse con unos probes!

DON MARTÍN.—Cuando queráis algo, venir a mí.

Tío MODORRO.—Sí, señor; ya lo creo que vendremos; cuasi todos los días. Hasta d'aquí a un ratito. ¡Sigue ese ejemplo! *(Aparte.)* Desde que s'han hecho malos, esto es Jauja.

SINDO.—¡Sinvergüenzas! Devolver ese dinero. *(Vase detrás de ellos.)*

ESCENA XII

DON MARTÍN y MALENA.

DON MARTÍN.—*(Al marcharse Sindo, se acerca lleno de gozo a la puerta de la casa, y dice:)* Ya se ha ido. ¡Sal, hija mía; sal!

MALENA.—*(Asomándose gozosa.)* ¿No está?

DON MARTÍN.—No, hija mía; sal sin cuidado, y ven a mis brazos, Malena, ven a mis brazos.

MALENA.—*(Emocionada.)* ¡Padre! *(Se abrazan.)*

DON MARTÍN.—Ven, que tú no sabes la alegría que me has dao con tu regreso. ¡Quizá la más grande de mi vida!

MALENA.—Pues la más grande de la mía es volverme a ver entre ustedes, padre.

DON MARTÍN.—Tu vuelta es el premio que Dios le envía a este hijo, bueno como un ángel y abnegao y sufrido como nadie.

MALENA.—¿Dice usté de sufrir?... Pues usté no sabe lo que he sufrido yo desde que me fuí del lao de ustedes, sin hijo, sin marido, viéndome sola en un país extraño.

DON MARTÍN.—¿Y por qué no nos pediste ayuda para volver?

MALENA.—No me atreví. Sabía lo que estaban ustedes sufriendo por mí, y como al morir Gonzalo me quedé en la miseria, no quise, avergonzada, ni pedirles el dinero para volver. Quería ganármelo yo.

DON MARTÍN.—¡Pero hija!...

MALENA.—Sindo nos dió el ejemplo. Se lo he oído mil veces: cada uno debe ganarse el bien que desee, y mi bien ya no era otro que volver a esta casa, donde tanto daño hizo mi locura, a traer un poco de amor y a buscar un poco de consuelo. Y pedí por caridá, y trabajé con afán, y luché con ansia... ¡Y aquí estoy, al fin, padre!

DON MARTÍN.—¡Hija de mi alma!... ¡Y con qué

alegría por nuestra parte!... ¡Dios quiera que ese hijo pueda resistirla!

MALENA.—¡Cómo no, si no puede ser más grande que la mía y estoy deseando verlo!

DON MARTÍN.—¡Calla, que ahí llega!

MALENA.—¡El!

DON MARTÍN.—Aguarda aquí. Quiero que volváis a veros en el mismo sitio en que os conocisteis. Ocúltate un poco. *(Se oculta Malena.)*

ESCENA XIII

DON MARTÍN y SINDO, que aparece con el mismo gesto de mal humor con que se fué; después, MALENA.

DON MARTÍN.—¿Les has quitao el dinero?

SINDO.—Ahí verá usté.

DON MARTÍN.—Pero ¿a qué viene ese empeño loco de no ser bueno? ¿Qué te debe Dios, que te has puesto a mal con él?

SINDO.—Eso no.

DON MARTÍN.—Eso sí, que el que niega la caridá no le ama. ¿Y tú crees que Dios deja nunca sin premio el dolor, el sacrificio y el trabajo?

SINDO.—No sé. Yo miro mi vida.

DON MARTÍN.—Pues mira la de los demás, que mirando la nuestra únicamente, todo el bien se nos hace pequeño.

SINDO.—Bien corto ha sido el mío por donde lo mire.

DON MARTÍN.—*(Sonriendo.)* ¡Calla, hombre sin fe! Que no mereces el premio que Dios pue enviarte.

SINDO.—Pa mí ya no pue haber más que uno, y ése está muy lejos.

DON MARTÍN.—Cuando más lejos se creen las cosas de este mundo, más cerca las tenemos, hijo mío.

SINDO.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué quie usté decir, padre?

DON MARTÍN.—Que tu bien no está lejos...

SINDO.—¿Qué me quie usté decir? ¿Qué veo en su cara que no comprendo? *(Sale Malena, alegre y erguida sobre el sendero.)* ¿Qué veo, que no...?

MALENA.—*(Abriendo sus brazos.)* Si no te vuelves y me miras, ¿qué vas a ver, Sindo?...

SINDO.—*(Estupefacto, sorprendido..., no da crédito a sus ojos. Balbucea y no acierta a hablar.)* ¡Malena!... ¡Tú!... ¡Yo!... ¡Ella!... ¡Padre!... ¡Ella!...

DON MARTÍN.—Ahí la tienes, hijo mío... Ahí la tienes. *(Vase transido de alegría.)*

ESCENA XIV

DICHOS, menos DON MARTÍN.

SINDO.—¡Pero tú...! Si no puedo creerlo... *(Se acerca a ella.)* ¡Malena!

MALENA.—Pero ¿qué te pasa, con esa emoción y ese temblor?...

SINDO.—Tú con nosotros..., a nuestro lao... Malena...

MALENA.—Al fin, con vosotros. A vuestro lao, y ya para siempre.

SINDO.—Y dime: ¿por qué no venías? ¿Por qué no escribías? ¿Por qué no nos decías...?

MALENA.—¡Ay! ¡Loco! Pero ¿ese aluvión?

SINDO.—¿Por qué callabas? ¿Por qué no contestabas? ¿Por qué no escribabas..., digo, escribías?

MALENA.—Bueno, hombre; para. Y no seas loco, que no puedo contestarte a tanta cosa a la vez.

SINDO.—Ties que perdonarme, Malena; pero compréndelo: too esto es lo que tenía callao en el alma de tantos años, y que me se sale ahora a borbotones.

MALENA.—¡Bueno! Pero ¿por qué lloras?

SINDO.—No sé.

MALENA.—¿Tanta pena te da que haya vuelto?

SINDO.—Tanta alegría. Que de las dos cosas se

llora. Y ya empiezo a usar de la que me has traído. ¡Porque esto es alegría, Malena, alegría!... *(La abraza.)*

MALENA.—Bueno; pero no aprietes.

SINDO.—Son los nervios.

MALENA.—¡Ca, son los brazos!... *(Entre enternecida y llorosa.)* Y vaya, no seas tonto..., que me vas a hacer llorar a mí también..., y no me da la gana... Quiero reír, reír, que ya estoy a vuestro lao y se acabaron pa mí el dolor y la miseria. Quiero reírme y que te rías tú, como yo te enseñé.. ¿Te acuerdas de aquella mañana que te enseñé a reírte?

SINDO.—¡Cómo olvidarla!... Pero, ¡ay Malena!, tu risa ya no es aquella de aquel día.

MALENA.—Porque en mi risa guardo ahora una lágrima pa un ángel que tengo en el Cielo. ¡En qué rosa de qué rosal no deja la noche una lagrimita!...

SINDO.—¡Sí, Malena, sí! Pero lo que no te perdono es que no nos hayas avisao tu vuelta.

MALENA.—¿Avisar?... ¡Tanto tiempo sin saber de vosotros!... Quería yo enterarme qué era de vuestra vida, de la tuya de señorito rico. ¿Te habrías casao?

SINDO.—¿Yo?... No te burles. Mi vida ha sío una vida amarga, sin esperanza. Siempre pidiendo a Dios por tu vuelta.

MALENA.—¿De veras?

SINDO.—Y ahora que has vuelto, más me se aumenta la pena, porque me pregunto, ¿y para qué? Si soy el mismo, el que todos despreciasteis.

MALENA.—No, Sindo, no; por mí te hablo. Las llamaradas de la juventud ciegan. La vida no se ve bien más que cuando la luz serena de los años te alumbra el corazón. Cuando te he tenido lejos es cuando he comprendido la ternura de tu alma y un amor que nunca he visto en nadie.

SINDO.—Pero ¿me quieres, así como soy?

MALENA.—Como eres. Ojos de bondad, corazón de amor, manos de misericordia...

SINDO.—¿Y esta ruindad?...

MALENA.—Calla, tonto, calla... La hermosura del cuerpo la pue tener un necio: la da la Naturaleza. Pero la otra, la hermosura de la bondad..., ésa tie más mérito, porque ésa nos la tenemos que hacer nosotros solitos, ¡y tú te la has hecho!..., porque ya sé que hasta has querido ser malo y no has sabido, ¡gracias a Dios!

SINDO.—Gracias a Dios, ¿por qué?

MALENA.—Porque pue que tu ejemplo sirva pa otros...: pa que sepa too el mundo que nadie es feo si es bueno.

SINDO.—¡Ay Malena!... Pero ¿es verdá too eso que me dices?

MALENA.—Y te voy a decir más...

SINDO.—¿Más?

MALENA.—Arrima el oído..., y no te caigas. *(Al oído, con ternura.)* ¡Que ya sólo la muerte me separará de tu lao!

SINDO.—¡Ay Malena! Pero ¿eso es verdad? *(Se apoya en ella, la abraza para no caerse de emoción.)*

MALENA.—*(Riendo.)* Es verdá; ¡pero no aprietes, que nos podrían ver... si hubiera alguien!

SINDO.—¡Pero como no hay nadie...! *(Le da un beso.)*

MALENA.—¡Ay!... ¡Jesús!... Pero ¿quién te ha enseñao a besar?

SINDO.—*(Vergonzoso.)* Es de afición.

MALENA.—Pues, pa ser de afición, besas divinamente.

SINDO.—Bien del too, no; pero, vamos, pa salir del compromiso.

MALENA.—¡Ay Sindo, qué malicioso te has hecho!

SINDO.—*(Haciéndose un poco el tonto.)* ¡No, que uno... ¡Pos si vieras cuánto me he acordao de aquel día que me dijiste si quería verte un morao...! ¿Te acuerdas?

MALENA.—¡Ah, sí..., ya lo creo!

SINDO.—¿Te se ha quitao ya?

MALENA.—Hace siete años.

SINDO.—¡Qué de prisa!... Pero no quiero bro-

mear, Malena, que no sé si creerte..., porque te veo, te oigo y es tanta mi felicidad, que dudo de todo.

MALENA.—Pues óyeme, y verás cómo me crees. ¿Te acuerdas tú de aquella paloma herida, con las alas rotas, que yo recogí el día que nos conocimos, y que tú curaste?... Pues muchas veces, muchas, me he acordao de ella... ¿Qué era yo, hasta hace poco, en un país lejano, triste y sola, desgarrada el alma por el dolor, sino una pobre paloma herida? Y pensé en ti, y me dije: «Yo me voy a su lado», y aquí estoy. Si curaste a aquélla, ¿no curarás a ésta?

SINDO.—¡Malena de mi vida!...

MALENA.—*(Le aparta cariñosamente.)* Ya sé que sabes besar de afición; pero no te aficiones...

SINDO.—¡Que me se va a olvidar, mujer! ¿Y no merecen mis penas...?

MALENA.—Eso es lo que me aflige: pensar cuánto has sufrido por mí.

SINDO.—Mucho, gracias a Dios, porque el dolor es lo que nos da el impulso en la vida. Sin ti, ¿qué hubiera sido de mí..., si por ti lo he hecho todo? Tú del Hombrecillo hiciste el hombre.

MALENA.—¡El hombre!... Así me gusta oírte.

SINDO.—El hombre, Malena; porque he llorao tanto, he sufrido tanto, te he querido tanto, que ya me atrevo a decirte como un hombre: «Te quiero, Malena. ¡Te quiero, porque te merezco!»

MALENA.—Y yo también; te quiero con toa mi alma..., aunque no te merezca. ¡Ven, Sindo, ven a mi corazón!

SINDO.—¿No gritarás si te ahogo del abrazo?

MALENA.—Estoy ronquita. *(Con zalamería.)*

SINDO.—Pues, entonces... *(La abraza y la besa.)*

ESCENA XV

DICHOS y DON MARTÍN.

DON MARTÍN.—*(Saliendo.)* ¿Qué pasa en el grupo?

SINDO.—Padre, ¿premia Dios tan largamente a un hombrecillo?

DON MARTÍN.—Hijo, para Dios no hay hombrecillos ni hombres: hay almas.

MALENA.—Mira, Sindo; mira el Calvario... *(El Calvario, con los resplandores del sol poniente, sobre los que se destacan las tres cruces, se ilumina con un espléndido fulgor rosáceo.)* Mira aquellas cruces que tú cuidaste siempre: ¿ves ese resplandor glorioso que las ilumina?... Pues ese resplandor es la bendición que Dios nos envía.

SINDO.—Sí... Dios, que ha querido, para premiar mi amor, que llegase esta hora.

MALENA.—Y que yo pudiese recordar aquella mañana en que, escondida en este mismo sitio, te gritaba: «¡Sindooo, Sindoooo!...»

SINDO.—Y yo, soñando en este beso que ahora te doy, te respondiera: «¿Quién me llama?... ¿Quién me llama?...»

FIN DE
«EL HOMBRECILLO»